

A dramatic black and white photograph of a man in a tuxedo and a woman. The woman is blindfolding the man with a black fabric strip. She has red lipstick and red nail polish. The man has a beard and is looking forward. The background is dark.

Acero Fundido

Romance y Pasión
con El Millonario de Hielo

Susana Torres

Acero Fundido

*Romance, Amor y Pasión
con el Millonario de Hielo*

Por Susana Torres

© Susana Torres 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Susana torres.

Primera Edición.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

La mañana que a tantos les parecía una hora de ininterrumpida actividad en las calles del distrito de Flatiront, no era más que una experiencia vacía para Arturo Matas. Un hombre que vivía del éxito de su compañía que claramente se evidenciaba en el lujo de su departamento.

Un pent-house ubicado en el One Madison de la calle 23 de Manhattan que, a pesar de su vista alucinante, no le conseguía recompensa alguna en apreciar su entorno porque cada aspecto de su vida teñía de gris los escenarios del día a día.

Se encontraba determinado a levantarse minutos antes de que sonase el despertador, pero, al igual que siempre, luchaba con la idea de atender asuntos de negocios.

Está seguro de que es hora de despertarse.

Los sonidos de las ya activa calles de Nueva York intentan llamar su atención, pero nada puede llegar a sus oídos. El sol atraviesa los vidrios reforzados que rodean su hogar y reflexionan en un adorno de metal pulido que tiene sobre la mesa de noche al borde de su cama.

El brillo y calor que emana de la pequeña estrella de su sistema solar, lo mantiene al tanto de la hora que es, a pesar de no haber abierto los ojos aún.

Planea levantarse sin muchos problemas; el momento de salir a ganarse la vida ha llegado, para eso se ha esforzado tanto, para eso ha dejado de lado cualquier cosa que pudiese distraerlo de su profesión de ejecutivo importante —o a menos así le dicen—, que por más de nueve años ha practicado en el puesto de dueño, CEO y gerente de su propia empresa.

Trata de apagar el despertador con la mano que tiene libre y por fin abre los ojos. Se queda penetrando la ventana con la mirada. Por un momento, como hace cada mañana, se pregunta «¿qué estoy haciendo?» con la intención de encontrarle sentido a su rutina diaria.

Se levanta y se dirige al enorme baño de su habitación para comenzar el proceso de aseo matutino. Lo importante es arreglarse antes de las siete de la mañana, para él, el llegar después de esa hora es un retraso; eran las seis cuando se despertó.

Luego de terminar su rutina de limpieza, se arregla con uno de los cientos de traje de etiqueta que siempre usa. Su casa, tan inmensa como solitaria, no está repleta de la esencia que emana una compañía bien merecida.

Arturo Matas no tiene a nadie a su lado porque, según él percibe, sus ambiciones son claras y la única persona capacitada para entenderlas es él mismo. Las cosas le han funcionado muy bien hasta ahora con esa filosofía, no había motivos para cambiarla.

Al pisar suelo firme, después de bajar por el ascensor que se conecta con el anexo que le permite ingresar a su hogar, se encuentra con que su coche y quien lo conduce, no ha llegado. Le busca con la mirada antes de sacar su celular del bolsillo con la intención de llamarlo hasta que se da cuenta que está estacionado en la calle de al frente. La cruza y luego lo aborda.

—Buenos días Tom —dijo al cerrar la puerta.

—Buenos días señor Arturo. ¿Listo para comenzar el día? —le preguntó animado.

—Nunca lo estoy. Por favor, llévame lo más rápido que puedas.

—Como usted diga, señor Arturo —le respondió

Tom no se molestaba al perder el tiempo en hablar con Arturo. Este no era de mucha plática, sin embargo, ocasionalmente le profería alguna respuesta no muy pedante. Pero, después de todo, la actitud del señor Mata siempre era la misma. Tom arrancó el coche, subió el panel que separaba la vista entre él y su pasajero, y tomo las calles correspondientes hasta su trabajo.

—¡Ah!, Tom, un momento. —dijo Arturo.

—¿Sí? —respondió bajando el panel.

—Por favor, si no es mucha molestia, pasa por algún café cercano que quiero desayunar. —Le indicó Arturo.

Tom tomó la sexta para dirigirse a la séptima avenida hasta el Seven Grams Caffé. Arturo se bajó, pidió un expreso, unos ponqueillos y se regresó al vehículo.

Una vez adentro, comenzó a consumir su desayuno con la mayor calma del mundo, sin apresurarse, mientras observaba por la ventana del coche las calles de Manhattan hasta llegar al Rockefeller Centre, en donde tenía una de sus sucursales, que, de hecho, era en donde él administraba todo.

Al llegar a su oficina, le recibe un juego de diferentes papeles, reportes, llamadas y encargos como de costumbre. «¿Dónde está Kyle?» —su secretario— pensó, cuestionándose la idea de que Kate —la recepcionista— le informe de ello cada vez que entre. No duda mucho en tomarlas ya que es su responsabilidad atender tales casos, a pesar de que su hermano y asistente (Kyle) es quien debe decirle qué tiene pendiente.

—¡Buenos días, señor Matas! —le dijo Kate antes de indicarle sus encargos.

—Buenos días, Kate, avísele a Kyle que ya llegué, que prepare mis cosas —respondió Arturo.

—No hay problema, yo le hago llegar su mensaje, señor.

—Gracias —dijo, mientras caminaba hacia el interior del recinto.

Arturo, sólo compartía su tiempo con su hermano menor. Kyle no tenía un trabajo estable hasta que se mudó a Manhattan con la esperanza de que su hermano lo tomase en cuenta en memoria de aquellos momentos que vivieron en su juventud, eso les decían a todos.

La historia que manejaban aquellos que no fuesen ellos dos, era que Arturo lo contrató como su asistente personal para evitar que su madre le reclamase que no hacía nada por él.

En efecto, no compartían tanto como muchos habrían de creer, a pesar de que le tenía afecto, no lo demostraba por su hábito de pocos amigos. Nadie se escapaba de su forma de ser, siquiera Kyle.

Caminó a través del conjunto de cubículos que rodeaban lo que era su oficina actual hasta llegar en donde se encontraba su hermano, sentado, atendiendo unas llamadas importantes. En lo que este lo ve, cuelga y se levanta para seguirle el paso.

—Arturo, llegaste —señaló Kyle— Tienes un café en tu escritorio junto con los documentos que me solicitaste ayer.

—No importa, Kyle, ya desayuné.

—Bueno, ¿Qué más da?, ya voy y me lo tomo.

—De acuerdo, ¿algo más? —preguntó sin detener su paso hasta la oficina.

—Del resto, nada fuera de lo ordinario. Estoy esperando a que llegue el encargado de las relaciones públicas, tiene más de dos semanas sin venir y no se ha comunicado para dar por lo menos una excusa.

—Te dije que te ocuparas de eso antes de hoy.

—Lo sé, pero debía esperar dos días más para poder hacer cumplir el contrato.

Arturo llegó hasta su oficina, aparto el asiento y se acomodó en él, mientras, Kyle le seguía hablando.

—El caso es que ya nos ha ido lo suficientemente mal como para tener que esperar a que David se indigne en regresar al trabajo. ¿Ya sabes qué hacer? ¿No? —le inquirió Arturo

Según el contrato que había preparado, a aquel que lo incumpliese, le correspondía un despido inmediato. Kyle abrió la carpeta que tenía abrazando a su cuerpo y anotó «despido» en la Tablet junto al nombre de David, pensando que, a pesar de que no quería que estuviese despidiendo a las personas, no podía contradecirle ya que después de todo, era un incumplimiento de su trabajo.

—Listo, yo me encargaré de eso.

—No podemos darnos ese lujo Kyle, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé. Ahora toca buscar un remplazo.

—Hazle llegar su carta de despido e inmediatamente comienzas a buscar alguien para que le remplace.

—¿Alguna persona en especial? —inquirió Kyle sin levantar su cabeza de la tableta electrónica en donde estaba anotando.

—Sorpréndeme, no quiero a nadie inútil. Busca posibles candidatos, para pasado mañana quiero estar entrevistándole.

—Muy bien, hermano. ¿Otra cosa?

—Sí, pide una reservación para dos en el Eleven Madison Park

—¿Esta vez quien es la afortunada? —pregunto con un tono travieso.

—Una chica que conocí el viernes, haz la reservación y ya —le espetó Arturo.

—¿Para cuándo?

—Para hoy al medio día, como a eso de las doce y media, habla con Billy, dile que es de mi parte.

—Está bien.

Kyle tomó el café que había dejado en el escritorio y se retiró de la oficina directo a realizar lo que su hermano le había encargado. Escribió en una página de empleos la solicitud, llamo a diferentes pasantes y contactó a varias empresas para preguntar si no conocían a algún relacionista bueno en el área.

Estaba al tanto de que mientras estuviese sin alguien encargado, él tendría que realizar el trabajo, que no le correspondía, por más tiempo. Su prioridad era encontrar a alguien.

Se pasó ambas manos por la cara para despejar el cansancio de las noches sin dormir que le pegaban en el rostro por la misma razón por la que estaba buscando un remplazo. Al finalizar, se sumió en el resto de su trabajo. Tenía la esperanza de que alguien realmente útil apareciera para el puesto.

A Arturo solo le importaba el bienestar de su negocio. Se catapultó a la cima de su propia empresa como el dueño de una compañía lucrativa de conglomerado.

Pudo destacar entre ellas los bienes raíces, artículos tecnológicos, parte de una revista y agencia de modas, tiendas de retailing y agregar otras poco a poco a lo largo de su carrera con la idea de hacer una corporación que se aprovechara de un gran número de multitareas.

Parte de su éxito no se debía a su carisma ni a su comportamiento abiertamente social, en cuanto a su forma de ser, las personas a su alrededor le percibían serio y reservado.

Es un hombre sin muchos fantasmas, pero cuando se trata de mantener una relación estable —amigos o pareja—, se determinaba a no darle mucha leña a lo que fuese que cobrase vida en su debido momento. Su ocupación era la vida de negocios, la administración de su propio trabajo. Nada debía ni tenía la potestad de causar problema alguno.

A pesar de ser un hombre relativamente modesto, su forma de ser no aportaba mucho para la manera en que los demás le retrataban. Se veía como un empresario exitoso, pero gran parte de eso se debía al triunfo de su empresa, para el exterior, el mundo que lo rodeaba, no terminaba de adaptarse a él.

El encargado de hacer de la imagen de la compañía y del mismo Arturo fuese adecuada, se negaba a hacer bien su trabajo debido a que no toleraba su actitud. David no aceptaba tener que defenderlo frente a los demás peces gordo de la compañía por lo que renunció de manera indirecta.

A Arturo no le parecía algo adecuado ser objeto de críticas con respecto a su vida personal, su manejo de la empresa o de la forma en que esta no se llevaba bien con los medios.

Cada que hacía una beneficencia, una fiesta importante, rueda de prensas, una junta directiva o lo necesario para catapultar a la organización, se veía en la obligación de pagar de más a causa de no tener el encargado adecuado. Su hermano, sufría gran parte de ese peso.

Y, asimismo como el futuro de su corporación estaba sufriendo su mala espina, actualmente, se encontraba en relaciones poco duraderas —por así decirle— que lo llevaban a gastar dinero o prestar un poco del mismo para evitar que se opusieran a la idea de no tener más de una experiencia con él.

Se alejaba lo más que podía del compromiso, de las responsabilidades ajenas. Nada mejoraba su situación. Ocasionalmente se le veía con varias mujeres hermosas: modelos, chicas jóvenes, damas adultas.

Ninguna relación era a largo plazo, siempre una conversación ocasional, un almuerzo en restaurantes elegantes para terminar en su departamento para el coito de media tarde. Ese era su ritual, algo imperturbable e inalienable. O eso creía.

* * * *

Pasada las horas luego de su llegada, Arturo se encontraba viendo los papeles de oficio que le había entregado su hermano para que revisara. El reloj estaba a punto de marcar las doce y aún no se presentaba aquella chica con la que había quedado para almorzar. Asomaba su muñeca derecha para revisar si realmente la hora que mostraba su computador no era la correcta. Le disgustaba la impuntualidad, a pesar que él mismo se tomaba su tiempo

* * * *

Por otro lado, mientras él se encontraba sumido en su trabajo, en la recepción llegó su cita.

—Estoy buscando al señor Arturo Matas—anunció a Kate.

—¿Tiene cita con él? —Preguntó la recepcionista.

—Sí, dígame que Karen le está buscando —le dijo.

Karen estaba no muy lejos del aparador que la separaba de Kate, no sabía si estaba preocupada o nerviosa, pero el ambiente del lugar le daba una sensación que la sacaba de su zona de confort. Era una de sus muchas mujeres de ensueño con las que se topaba Arturo.

Aquellas que se acostaban con el hombre encargado de una compañía multimillonaria, de las cuales, muchas estaban al tanto de la naturaleza de su relación. No buscaban más que sexo ocasional; un sex appeal de magnate, un cuerpo atractivo y ser un soltero cotizado, eran atributos suficientes para no tener una vida sexual dominada por la abstinencia.

Las mujeres iban, venían o disfrutaban en el baño de algún establecimiento especial, pero, nunca se quedaban.

Kate cumplió con su trabajo. Le comunicó al asistente de Arturo que su cita de las doce había llegado. Una vez la recibió, acercándose a la puerta y asomando parte de su cuerpo, le comunicó a su hermano la noticia.

—Arturo, Kate dice que hay una tal Karen en la recepción preguntando por ti. —le dijo.

—¿Hiciste la reservación? —preguntó levantando su mirada de los papeles que sostenía.

Arturo lo veía como una cita más, pero, sin embargo, no podía tener una relación sexual adecuada sin llevar a su chica a un almuerzo elegante o a algún lugar respetable. Si tenía tanto dinero, debía usarlo adecuadamente.

—Sí, está todo listo.

—Está bien, dile a Kate que ya voy para allá.

—¿Regresarás? —Le preguntó Kyle entendiendo el motivo de su cita.

—Sí, a las tres de la tarde estoy aquí —le dijo levantándose de su asiento.

—Por favor no te ausentes, que ya suficiente trabajo me estás dejando —dijo moviendo hacia atrás su cabeza en señal de cansancio.

—Te dije que regresaré, no te preocupes. Encárgate de buscar el remplazo que te dije, eso es lo que debes estar haciendo ahora.

—Ya estoy en eso —le respondió— tu ocúpate en llegar a las tres.

—¿Me estás dando órdenes? —le preguntó seriamente en tono desafiante.

—No, solo hazlo.

Ambos se miraron a los ojos, sin nada que decir. Eran hermanos, por encima de sus cargos, Kyle le hablaba como el hermano que era y Arturo lo dejaba pasar. Lo hacían todo el tiempo si tener ánimos de discutir, pero las personas a su alrededor lo veían como una relación disfuncional nada positiva. No lo era. Ambos compartían más que la sangre.

Arturo salió de su oficina y se dirigió hasta la recepción en donde se encontraba Karen esperándole. Kate le informó a la chica que le esperaba, que Arturo llegaría en cualquier momento, por lo que sería mejor que le esperase sentada. Era una mujer joven, sin muchas aspiraciones en su vida.

Al momento en que Karen llegó al edificio en donde se encontraría con Arturo se percató que parte del lugar ya era lo suficientemente lujoso para ella. Cuando le dijo que trabajaba en el Rockefeller Centre, no se imaginaba que lo hiciera en su propia empresa.

No recordaba haber estado antes en ese lugar a menos que fuese pasando por las navidades a ver los arreglos de la época. «Esto debe ser una broma» pensó, creyendo que podría ser simplemente una forma de atraer mujeres, pero, de todos modos, seguía con la duda.

Arturo atravesó el umbral que separaba el interior de lo que dividía aquello que correspondía al área de trabajo con la recepción mientras se acomodaba los botones del saco de su elegante traje. Karen se levantó inmediatamente lo vio y le demostró una sonrisa cohibida en son de saludo.

—Hola, Karen, ¿Tienes mucho tiempo esperando? —preguntó Arturo al llegar a la recepción.

—No —le dijo borrando la sonrisa de su rostro para cambiarla por un gesto de descuido— Llegué hace veinte minutos.

—Muy bien, muy bien. —le dijo, hizo una pausa y agregó— te ves hermosa —agregó, observándola de pies a cabeza.

—Gracias —Repuso.

A comparación con la forma de vestir de Arturo, sabía que no estaba ni cerca de sus mejores pintas. Él no esperaba que estuviese vestida de gala.

—No hay de qué —excusó Arturo.

—No me lo esperaba, la verdad.

—No te preocupes —le indicó— ven, acompáñame arriba para ir a comer.

—¿Arriba? —preguntó extrañada— ¿Qué hay arriba?

—Arriba está el helicóptero que nos llevará a nuestro destino. Estamos con el tiempo justo. No te preocupes —intento calmarle.

—No sabía cómo debía vestirme, creí que no sería de mucha importancia. —agregó apenada.

—No te preocupes, yo pienso que estás más que perfecta. —le dijo Arturo con una sonrisa en el rostro— ¿nos vamos? Tenemos reservación en el Eleven Madison Park, estamos un tanto lejos así que debemos tomar un helicóptero para llegar a tiempo.

—Oh... —agregó—, está bien.

Ahora sabía que definitivamente no estaba vestida para la ocasión. Arturo y Karen abordaron el transporte que los llevaría a su destino. Una vez adentro, él le extendió unos audífonos para poder conversar mientras llegaban al restaurante en donde comerían.

—Cuéntame un poco de ti, Karen —pidió Arturo con ánimos de parecer amable.

—Bueno, tengo 25 años, estoy estudiando medicina —comenzó a relatarle— y vivo en el barrio chino.

—Eso fue preciso.

—Sí, no tengo mucho qué decir. —le respondió a medias — y, de ti ¿Qué hay?

—Bueno, como podrás ver, tengo mi propia empresa, trabajo todos los días, y cuando no, me quedo en casa para escaparme del mundo de los negocios.

—Es una vida bastante emocionante —le observó sarcásticamente.

—Lo es, difícilmente la puedo cambiar. —respondiendo a su sarcasmo.

Aterrizaron en un edificio cercano del lugar y fueron en un coche privado hasta las puertas del restaurante. Al llegar a la calle, abordaron el coche negro que le pertenecería a Arturo.

—Llévanos al Eleven Madison Park por favor —dijo Arturo al abordar el coche después de Karen.

—De inmediato, señor Matas —dijo Tom antes de arrancar el coche.

Ella escuchó aquel recado con un tanto de incomodidad; cada que escuchaba el nombre del lugar, del que había oído hablar antes, le invadía una sensación de engorro. Se apretó ambos brazos sobre el vientre para disipar la sensación.

—Y entonces, ¿por qué vas a comer tan lejos de tu oficina? —le preguntó Karen para desviar su atención a la cantidad de lujos que había presenciado en menos de una hora.

—Bueno, porque puedo, la verdad —le respondió como un niño dice su edad.

—¿Así, no más?

—Sí, no se me ocurre más nada. Para algo he trabajado tanto ¿No?

—Sí, espero poder hacer eso algún día —respondió, diciéndoselo más a sí misma que a Arturo.

—Podrías, ¿de qué es que estudiabas?

—Medicina

—Sí, pero en qué te especializarás.

—Cirugía plástica.

—¡Aja! —exclamo levemente— ¿Ves? Sí es posible que vivas así, o por lo menos, tengas una vida interesante.

—Se podría decir que sí, para eso falta mucho.

—Ya te vas a graduar —le decía mientras ella veía por la ventana del coche—, no te preocupes. Trata de no sentirte muy incómoda, disfruta el momento.

Arturo no se comportaba con sus pretendientes al igual que con las demás personas. Hablaba de la forma más natural que su propio carácter le permitía, pero, dentro de lo que cabía, lo hacía por puro protocolo. No era su forma normal de ser, se mostraba curioso o interesado, aunque no de forma genuina.

Le veía incomoda, lo notaba por la forma en que se apretaba el vientre y suspiraba de repente cuando no estaban hablando. Trato de mantener una conversación más o menos normal para que no se arrepintiera de estar con él, ya que después de todo, no quería regresar al trabajo sin antes haberse acostado con ella.

En sí, Karen estaba preparada para salir con el tercer pretendiente de las últimas cuatro semanas que conocía, Arturo se veía como el más prometedor y para cuando se enteró de su carrera profesional, no dudó en creer que las cosas podrían salir bien.

Estaba vestida con unos jeans de un negro desgastado, unos botines de tacón alto del mismo color con una franela blanca y una chaqueta corta de cuero color roja.

La última vez que lo vio no se encontraba ni cerca de verse como se hallaba en ese momento, que fuese millonario era lo menos que se le habría ocurrido en aquel entonces. «Esto no está saliendo como me lo esperaba» pensó mientras les indicaban la mesa en la que comerían.

Se dio cuenta que Arturo no comía ahí por primera vez, los meseros le saludaban con familiaridad a lo que él respondía con un medianamente amistoso «hola, ¿cómo te va?» y seguía caminando.

Nuevamente se sentía fuera de lugar, no acostumbraba comer en lugares lujoso, la vida de estudiante universitario no le prestaba para esos gastos «esto no es lo mío, ¿qué hago aquí?» Se inquiría a sí misma preocupada por cómo podría desenvolverse la situación. Se mostraba lo suficientemente preocupada como para que Arturo lo notase.

En el momento en que se sentaron en su respectiva mesa, le preguntó.

—¿Estás bien? —dijo Arturo.

—Sí, no hay problema —le respondió Karen

Se aclaró la garganta tras interrumpir sus pensamientos e incertidumbres.

—¿Estás cómoda?

—Claro, estoy de maravilla —trató de disimular.

—¿No es primera vez que comes aquí? ¿o sí?

—Para nada, nunca había escuchado siquiera de este lugar.

—Es bastante reconocido, me gusta comer aquí cuando puedo.

—Se ve costoso —le observó tras dar una mirada rápida a su alrededor.

—Bueno, en mi línea de trabajo eso no es un problema.

—Ya veo. No lo había puesto en duda —le acotó con cuidado.

—¿Tienes alguna idea de qué quieres comer?

—No mucha, podría pedir algo que no costase mucho.

—No te preocupes —le dijo levantando la carta— pide todo lo que quieras.

* * * *

Una vez allí almorzaron como tenían planeado. Ella se encontraba atraída por el aspecto y la forma de ser de Arturo. A pesar de su encuentro casual, no esperaba encontrarse en un lugar tan lujoso, creía que irían a comer a una pizzería o a algún bar cercano del lugar

Karen pidió lo primero que vio del menú, mientras que Arturo ordenó el mismo plato. En total gastó \$765 en comida, vino y demás, cosa que a ella le resultaba grotesca para un almuerzo con un desconocido. Se despreocupó pensando «es millonario, lo que menos le importan son \$765, no le prestes atención», tras verlo sacar \$300 en efectivo para la propina.

Durante el almuerzo, se dirigieron la palabra en contadas ocasiones para hablar de temas recurrentes. Poco a poco Karen fue perdiendo la incomodidad y se empezó a sentir más tranquila con la voz de Arturo.

Se sentía encantada por él, lo poco que conversó, la dejaba desorbitada de la mejor forma que se le pudiese ocurrir. No sabía cómo terminaría su cita, pero esperaba poder llegar a algo más que una cena. A pesar que era un almuerzo, la sentía como algo más para ese tipo de ocasiones.

Cuando terminaron de comer, ambos se levantaron de sus asientos. Ya no habría motivos para apresurarse, así que decidieron coger el coche hasta la casa de Arturo.

Tom tomó la avenida Madison hasta el One Madison. Habían tenido un almuerzo agradable, para lo que constaba a ambos. Al llegar al pent-house, procedieron a lo que, para él era rutina y para ella algo nuevo.

Karen vio asombrada, desde que entraron al edificio, que muchos de los pequeños detalles de ese lugar costaban más de lo que podría ganar en un año.

En el ascensor, notaba como seguía subiendo sin detenerse, hasta llegar al piso 58. Una vez allí, caminaron hasta el apartamento de Arturo, quien le hizo el recorrido correspondiente: su cocina, su sala, el comedor; sabía cómo quería que todo terminase.

Arturo no perdió el tiempo en ofrecerle su botella de vino más costosa; ella lo aceptó gustosamente, «tal vez esto me quite un poco el mal sabor de la boca» pensó tomando un sorbo de la copa que le extendió.

La sensación que había dejado atrás en el restaurante y que ahora él estaba volviendo a molestar, poco a poco se fue diluyendo entre las uvas fermentadas en su copa.

Le hizo un tour por su morada de dos pisos, en la cima de un edificio tan modesto como la torre Eiffel. Sus bebidas no tardaron en tomar efecto y Karen disfrutó de la hospitalidad que le estaban ofreciendo.

Poco después de que sus hígados comenzaran a mostrar los efectos del grado de alcohol de la botella que se bebieron por completo, Arturo y Karen se empezaron a besar.

* * * *

Karen.

La forma en que me recibió en su departamento —si es que puedo llamarle así— fue bastante acogedora, Literal. No me esperaba tener tal encuentro con un hombre de su estilo.

La manera en que me sedujo fue abrumadora; sus manos, nunca se alejaron de mi cuerpo en ningún momento y yo, como habría de esperarse, no reparé en el problema y dejé que lo hiciese. Fue asombroso.

Me llevo a su cuarto, que tenía una vista increíble; era silencioso, inmenso, elegante. Me dijo que los vidrios eran a prueba de sonidos, que nada podría entrar a molestarnos. Nada lo hizo. Se acercó a mí con las intenciones que tenía desde que abordamos el coche hasta allí.

Me despojó de mis prendas con una habilidad majestuosa, me besó como si no hubiese mañana. Para cuando me di cuenta ya tenía su pene entre mis manos con mis senos al descubierto. Era tan jugoso, ese trozo de carne encajaba a la perfección en mi palma. Jugué con él un rato hasta que Arturo decidió levantarme con sus fuertes brazos.

Me tumbó sobre la cama, abrió mis piernas y comenzó a comerme desde dentro. Sus labios, su lengua y su respiración perforaban cada nervio de mi con una precisión increíble. No aguantaba las ganas de apretar su cabeza contra mi vagina con toda la fuerza que las arcadas de placer ocasionadas por su cunnilingus me dejaban. Nunca había presenciado talento como ese. Me habían hecho sexo oral de maravilla, pero definitivamente Arturo les quitó la batuta.

Cuando ya mi cuerpo pedía por algo más grande, no perdí tiempo en hacérselo saber.

—Ya mételo. Lo necesito —le dije atacada por la sensación del orgasmo que me llegaba.

—¿Qué dijiste? —Me preguntó levantando la cara de mi vagina.

Rápidamente volví a incrustar su boca en mí. Estaba a punto de llegar cuando se detuvo. En lo que pudo librarse de mis piernas, subió su escroto a la altura de mi coño y sentí lo que tanto esperaba. Su gran miembro me perforó como un clavo lo hace con una tabla de madera debilitada por los años.

Como si nada. Me tenía completamente mojada, estaba tan abierta por dentro que inmediatamente su prepucio rozó la entrada de mi vagina, solté un grito de placer; el orgasmo me recorrió todo hasta terminar en la punta de mis pezones sin ningún motivo aparente. Todo mi cuerpo necesitaba ser apretado para sentirse real.

Cada arcada fue un completo deleite. Nada pudo arruinar ese momento. Me perforó tan deliciosamente que lo quería más, por más tiempo. Me puso en cuatro; yo apoyando mi cabeza sobre la cama, con mi culo en la posición adecuada para que me encajase su polla en mi coño.

Me hizo volar. Llegaba tan profundo que no sabía si decirle que parase o que siguiera. Evidentemente sentía que chocaba con mi útero como un martillo, pero no quería que parase. Aunque sí dejé escapar un sonido de queja que rápidamente entendió. Con la mitad de su pene era más que suficiente en esa posición.

Fue una media hora intensa; él acabó varias veces, unas al mismo tiempo que yo. Me tuvo sobre él, estuvo sobre mí, me cogió cargada y yo probé su pene antes de su última eyaculación. Para cuando nos dimos cuenta, ya eran las dos y cuarenta de la tarde —habíamos llegado a la una a su casa—. Fue delicioso.

—Me encantó —Le dijo Karen a Arturo mientras se vestía— no me esperaba que fueses tan bueno.

—Fue bastante placentero. —respondió Arturo con poca delicadeza.

—¿Nos volveremos a ver? —agregó Karen de forma casual.

—Lo dudo, pero si algo surge te lo haré saber.

—Supongo que está bien. —Le dijo— ¿Me llamas?

Preguntó Karen queriendo poder verlo de nuevo. A pesar de que se había dado cuenta de que lo que había disfrutado con Arturo había sido una experiencia de una sola noche —a las dos y media de la tarde—, deseaba que con ella fuese diferente.

—Tal vez lo haga —repuso Arturo.

No lo hizo.

Arturo no esperaba ver de nuevo a Karen, al igual que con sus otras pretendientes, disfrutaba el momento en que se acostaba con ellas, tal vez una que otra cena, pero, volverlas a ver, no era lo suyo. Los que se enteraban de sus citas, lo veían como algo casual; nadie esperaba que estuviese más de dos veces con alguien en especial.

A veces aparecía públicamente con una de ellas, pero por motivos meramente institucionales, por el placer de ser visto. Nadie discutía que era algo momentáneo, tenía los medios para hacerlo y no reparaba en ello.

Para él, la vida era algo superfluo. Muchas de las cosas que le rodeaban no tenían sentido, las mañanas eran grises, los días azules y las noches eran un estímulo carente de vida. Por mucho tiempo estuvo pasando de mujer en mujer, gastando lo que para él eran centavos en su vida.

Nunca había evidenciado una actitud soberbia, a pesar de todo, era un hombre respetable.

Siempre se mantenía al margen, las chicas con las que copulaba no se sentían rechazadas, entendían que con él no habría una relación a largo plazo, en su defecto, él se los hacía entender, por lo que disfrutaban el corto tiempo a su lado. Arturo no les prometía un segundo encuentro o alguna velada mejor que la anterior.

La mayor parte del tiempo las llevaba a almorzar para minimizar el riesgo de tener que verlas al día siguiente, por lo que, luego de acostarse con ellas, las llevaba hasta su hogar y él regresaba a su trabajo como siempre le prometía a Kyle.

Su estilo de vida no corría riesgos de ser alterado, llevaba las cosas como quería. Nunca se le veía con amigos o compartiendo con un grupo de personas de manera despreocupada.

Siempre se iba del trabajo con la frente en alto sin prestar atención a lo que tuviesen que decir de él. Nadie comentaba acerca de su vida ni se preocupaban por sus relaciones.

Al momento en que todos lo conocían, se sentían intimidados por su presencia. Lo veían como el hombre de 30 años que llegó al éxito por cuenta propia, como un jefe atento, pero sin pasar los límites de lo profesional.

Apuesto, sin deseo de parecer muy carismático y siempre con una mirada sería tatuada en los ojos. Todo eso junto a sus percepciones personales de él, eran motivo suficiente para percibirle como alguien superior a ellos.

Arturo nunca demostraba su intelecto más allá de lo necesario, mucho menos presumía de sus logros o de su talento. Las veces que hablaba lo hacían con la precisión de un bisturí de punta de diamante, penetrando con una incisión perfecta.

Poco a poco se iban familiarizando con él, dejaban de lado su miedo a tratarle, seguían sin ser muy cercanos a Arturo, pero respetaban su deseo de no querer emparejarse con nadie. Su intención era más que clara, por lo que las personas le admiraban de lejos.

Ya cuando dejó a Karen en su casa, después de dejarle en claro que no se verían más. Arturo le indicó a Tom para que lo llevase de nuevo a la oficina. Al llegar, interpelló a su hermano.

—Kyle, cuéntame. ¿Supiste algo de David? —preguntó sobre el encargado de relaciones públicas.

—Absolutamente nada. Traté de comunicarme, pero no atiende a mis llamadas. Le escribo y me deja en visto.

—Bueno, menos mal que no esperamos más por él. ¿Y de su remplazo?

—Ya puse la solicitud en internet y me he contactado con antiguos pasantes en el área.

—Está bien, ya sabes lo que te dije. Hazlos llegar directamente a mi oficina. La irresponsabilidad de David me ha costado tiempo.

—Entendido. A partir de mañana comenzaran a llegar los postulados.

—Aparte, dile a mamá que llegaremos tarde a cenar, deberás suplantar por hoy el cargo de David.

—Pero Arturo... —reclamó Kyle.

—Sin peros, de todos modos, iremos en helicóptero, no será muy tarde —le espetó Arturo.

—Está bien, le haré saber.

—Dile que no será mucho tiempo. Tú sabes que hacer.

«Sí, y o sé que hacer» Pensó Kyle mofando la orden de Arturo. Salió de la oficina a decirle a Kate lo sucedido.

—Querida, nos vamos a quedar hasta tarde. Luego iremos a donde mi madre —le interpelló Arturo hablándole al oído.

—¿Arturo? —Le preguntó Kate, dándose la vuelta para verlo.

—Sí, Arturo quiere que nos quedemos a resolver lo que David dejó incompleto.

—Bueno, yo no estoy apurada, de todos modos, debo pasar a recoger el regalo que le compramos.

—Por fin ¿qué le compraste? —le preguntó Kyle.

—Un collar de oro con sus iniciales.

—Bien, bueno, solo vine para eso, —dijo saliendo del interior del aparador en donde trabajaba Kate.

—Me dices cuando estemos listos. ¿Está bien?

—Sí, nos iremos en el helicóptero de la compañía.

Kate y Kyle se dieron un beso apresurado y ambos regresaron a su trabajo.

Kate no tenía de qué preocuparse, su esposo, Kyle, estaba dispuesto a pasar el tiempo necesario ayudando a su hermano, ya que después de todo, era él quien le había permitido trabajar a ambos en la empresa, de cierta forma.

Quien le ofreció facilidades para que estuviesen a gusto y quien le ayudaba la mayor parte del tiempo. El esperar unas horas de más por algo importante no era ningún problema.

Al terminar su jornada de trabajo, fue hasta el centro para buscar el collar que había apartado en la tienda. No estaba apurada, así que bajo las escaleras con la mayor calma posible.

Prefirió usarlas para bajar por lo menos quince pisos, era parte de su cardio diaria. El estar sentada todo el día no le ayudaba mucho en su circulación.

Entró en la tienda, pidió el presente que compró, mando a envolverlo y salió a sentarse en el paseo del Rockefeller plaza a ver a los turistas tomarse foto, mientras que Arturo y Kyle terminaban el trabajo.

Se quedó allí sentada, comiéndose un ponqué que se compró para no desanimarse. El quedarse viendo a algo era parte de su trabajo; durante el día atendía una que

otra llamada, no era problema, pero, había momentos en los que difícilmente algo sucedía, aunque contados, porque cuando eso no sucedía, se abarrotaba de pedidos.

Veía pasar y pasar a personas diferentes de diversas etnias, colores, tamaños y gustos. Muchos se tomaban fotos con sus teléfonos, otros pedían el favor a un desconocido.

El lugar suele ser un buen punto turístico, a pesar de que no se encontraban en víspera de navidad, lo que tiende a llenar más las calles de lo normal, estaba bastante movida. A Kate le gusta observar en silencio, le ayuda a pensar.

Pasado dos horas desde que se sentó, Kyle le llama.

—Mi amor, ya salimos, ¿quieres que te busquemos a algún lugar o te vienes para acá? —le preguntó Kyle.

—No hay problema, estoy cerca, ya voy para allá.

—De acuerdo, ve con calma que apenas estamos cerrando el lugar.

—De acuerdo, mi amor, te llamo en lo que llegue.

Se levantó, tomó la bolsa con el regalo y caminó hasta el edificio en donde se encontraba su esposo.

Terminada su jornada laboral, los tres se fueron a la casa de la madre de Arturo y Kyle. Abordaron el helicóptero, como habían quedado, y se dirigieron a celebrar con la señora Matas.

Arturo se encargaba de hacer de esa fecha algo importante para su madre, siempre atento con ella, pero, también era objeto de su forma de ser. Arturo no rompía el esquema con nadie, su actitud era seria ante cualquiera.

* * * *

Marta, se encontraba asimilando el desempleo como una herramienta de aprendizaje y no como un problema, se dedicó a incursionar en el mundo del internet para buscar oficio.

Bien es una experta en relaciones públicas y examinaba el lugar adecuado para ejercer, de la mejor forma, su carrera, pero, a pesar de tener experiencia en el ámbito, decidió renunciar a su último trabajo.

Interesada en nuevas y mejores opciones, se sumergió en la web con la esperanza de encontrar el empleo perfecto. Postulándose en diferentes páginas se encontró con una solicitud publicada ese mismo día. Kyle se había encargado de ser lo suficientemente específico.

«Se solicita profesional en Relaciones Públicas»

«Esto es lo que necesito» pensó al leer el título. Dentro de las especificaciones pudo ver que también se encontraba escrito más detalles.

«Buena presencia, entre los 25 y 39 años, la edad no es obligatoria, pero, si se encuentra dentro del estándar, mejor. Con actitud 100% responsable. Se le realizará una entrevista inmediatamente entregue su currículo. Salario competitivo, beneficios excelentes. Por favor abstenerse de postularse si no tiene ningún tipo de experiencia comprobable en el área a desempeñar»

Junto al post estaba el logo y nombre de la empresa: K&A Multifunctional Enterprise. Marta había escuchado anteriormente de ella. Tenía una reputación aceptable. Era una empresa conglomerada con muchas sucursales.

Arturo había pensado en todo lo que podría hacer y lo anexó todo en un solo lugar. Marta lo vio como una buena oportunidad de trabajo por lo que no dudó mucho en presentar su currículo.

Adjuntó su síntesis curricular al post con la idea de poder obtener el trabajo. «Después de todo, dicen experiencia comprobable» pensó.

No tenía problemas con la solicitud, prácticamente la sentía hecha para ella. Junto a él, anexó su número de habitación, no sabía cuándo la iban a llamar, pero no disponía de un celular para que la contactasen.

Se levantó de la mesa para servirse la cena. Su departamento, —una pequeña habitación en el barrio chino— se encontraba un poco vacía en cuanto a vistas.

No tenía problemas, la liquidación de su último trabajo le alcanzaban para mantenerse hasta dentro de dos meses, pero lo importante era que debía encontrar un nuevo empleo inmediatamente para poder evitarse cualquier problema.

Antes de servirse lo que había ordenado en el restaurante de la calle del frente, vio los trastes sucios en el lavado y procedió a limpiarlos.

«No puede ser que viva en este chiquero» pensó mientras se mojaba las manos para lavar sus platos. No tenía problemas con el lugar, pero no era precisamente la forma en que le gustaba verlo.

Ya llevaba un mes sin hacer nada, quería darse el lujo de no trabajar por ese tiempo, pero parecía que no tenía escapatoria; decidió, tras ver que podría volverse una persona sedentaria, que ya era momento de comenzar de nuevo con su vida profesional.

Cerró la llave del lavado, se secó las manos y fue hasta su mesa, apago la laptop para luego dirigirse hasta donde se encontraba su televisor con el fin de sentarse a ver la película que había puesto a cargar desde Netflix.

Se sentó pensando en que ese podía ser el último momento libre que alcanzaría a tener a partir de ese instante. No sabía de donde la llamarían, pero a los empleos que se había postulado se les notaba como empresas consumidoras de tiempo.

A Marta le constaba lo buena que era en su trabajo, por lo que se esperaba que fuesen a pedirle más de lo que habría de corresponderle.

Se quedó dormida sobre el sofá antes de que la película terminase. A la mañana siguiente, le despertó una llamada a su teléfono de habitación.

—Buenos días, me comunico de K&A Multifuncional Enterprise, por favor con la señorita Marta García —dijo una voz femenina al otro lado de la línea.

—Ella al habla —respondió Marta fingiendo una voz lucida convincente.

—Hemos recibido su currículo y estamos interesados en su trabajo. Por favor preséntese en el transcurso del día para que se le haga la entrevista correspondiente.

—¿Hoy mismo? —preguntó sorprendida.

—¿Tiene algún problema? —le dijo Kate con el mayor protocolo.

—Para nada, solamente fue una sorpresa —amainó Marta— de acuerdo, me presentaré en media hora.

—Muy bien, la estaremos esperando. Por favor, presentarse en vestimenta formal y preparada para comenzar a trabajar hoy mismo en el caso de que sea contratada.

—¡Oh! ¿cómo no? Claro. Muchas gracias.

—Gracias a usted por tomarnos en cuenta. Que tenga buenos días. —colgó.

Marta se levantó de un soplido hasta el baño, se aseó, buscó su ropa de oficina, sus papeles, su computador portátil, un maletín en donde guardaba lo esencial para su trabajo y se fue sin desayunar.

Caminó hasta el subterráneo en Canal Street, y abordó el tren que llegaba más rápido hasta su destino «Creo que tengo que levantarme más temprano para llegar a tiempo» pensó mientras pasaba por la parada de Herald Square.

De su casa hasta donde le correspondía, debía tomarse su tiempo para llegar. Pudo haber cogido un taxi, pero no sabía si siempre estaría despejada la ruta así que prefirió irse por lo seguro.

Por fin en el Rockefeller Centre, caminó hasta el edificio en donde se encontraba alojada la compañía. Cuando entró se percató, por la elegancia de su infraestructura, del poder que manejaba la empresa. Necesitaba aprender todo al respecto para saber cómo trabajar con ellos.

Una vez en el piso en donde la habían citado, en aquella parte del edificio en donde solo se podía encontrar al jefe, se dio cuenta que había otras personas esperando por ser atendidas.

Jóvenes, la mayoría, con rostro ruiseñor y una habilidad obviamente nula a comparación de la suya. Se acercó hasta el puesto en el que se encontraba Kate para informar de su llegada.

—Buenos días, mi nombre es Marta García y estoy aquí por el puesto de Relaciones Públicas, «al igual que ellos» —susurro al final, con una sonrisa en el rostro de manera afable.

—Muy buenos días querida, mucho gusto, mi nombre es Katherine, pero me dicen Kate. —Se introdujo, realmente interesada, cosa que no hizo con los demás.

—Mucho gusto igualmente. ¿Tienen mucho tiempo aquí? —Preguntó susurrando lo suficiente para no ser escuchada a la vez que señalaba con una de las manos que tenía sobre la mesa hacia atrás.

—No, llegaron hace diez minutos —respondió con el mismo tono de voz— entraron al mismo tiempo, creo que vienen juntos o algo así.

—Bueno, me tocará esperar.

—Mar —le dijo sintiéndose inmediatamente familiarizada con ella— es mi deber decirte te llamarán dentro de un rato, que por favor esperes tu turno. —Le profirió Kate.

—No hay problema, yo esperaré sentadita hasta que me llamen. —acotó, le guiñó el ojo derecho y se sentó

Marta tenía una indiscutible simpatía que hacía que las personas se sintiesen bien estando a su alrededor. A su propio estilo, conseguía lo que quería con buen humor, cosa que a muchos le gustaba de ella. La forma en que se comportaba conseguía romper los esquemas de cualquiera.

Se sentó en medio de una mesa de revistas puestas allí para aquellos que desearan leer mientras esperaban y uno de los interesados en el trabajo. Se quedó viéndolos a todos, algunos vestidos de traje otros de manera informal.

Marta los observaba, unos articulaban palabras con sus labios sin entonarlas realmente, estaban repitiendo lo que dirían, se mostraban nerviosos. Otros leían sus papeles despreocupadamente, como si el secreto para ser contratados se encontrase entre esas líneas.

De resto, veía como Kate atendía a las llamadas y las pasaba a los respectivos medios. Nunca dejando de hablar con su auricular ni de mencionar a aquellos que debían entrar a la entrevista.

Uno a uno se iban parando, por el orden en que se anotaron en la lista de llegada. Los observaba entrar, para luego verlos salir con una triste decepción pintada en sus rostros.

A diferencia de los demás, ella no se sentía mal al notar que no los habían contratado, a lo contrario, se animaba más porque eso quería decir que estaba más cerca de obtener el empleo.

Poco a poco se fue vaciando la sala de espera hasta que llegaron al turno de Marta. Era seguro que le tocaría a ella. Estaba confiada en que los demás no fueron elegidos ya que, después de todo, le habían dicho que, de ser contratada, comenzarían a trabajar inmediatamente. Su razonamiento se debía a que nadie se había quedado por más de veinte minutos.

«Esto será pan comido, ellos no llenaron sus expectativas, yo lo haré» pensó al ver al último pasar.

—Señorita Marta García, es su turno —dijo Kate en lo que el último postulante salió.

—«Muy bien, es hora» —pensó— Deséame suerte, Kate. —pidió al pasar por su lado.

—Buena suerte, preciosa —le deseó, sin ningún problema— debes ir a la oficina grande del fondo. La notarás inmediatamente la veas.

Kate no tuvo problema en tratarla con amabilidad, le había dado buena espina. Observó cómo caminaba por el pasillo hasta el área de cubículos, cerca de donde se encontraba la oficina de Arturo; observaba como escrutaba el lugar a su alrededor. Le siguió con la mirada por otros minutos y regreso a su puesto en lo que sonó una llamada.

Marta caminó hasta la oficina que le correspondía, como Kate le había dicho, era la gran oficina al fondo, e inmediatamente la vio, entendió por qué le dijo que la reconocería sin ningún problema.

La oficina cubría una quinta parte del área de trabajo, las personas se acomodaban en sus cubículos estratégicamente, pero ese tramo, que se distinguía del resto del lugar por estar rodeado de un vidrio amplio que delimitaba los dominios de la oficina era otra cosa.

Todo lo que estaba rodeado por ello, se encontraba oculto por el mismo vidrio arenado, que impedía ver hacia adentro. Al final, se encontraba la puerta y a medias se vislumbraba el escritorio de alguien.

Caminó sin ningún problema, observando a los demás trabajadores, los cubículos, la decoración de su entorno. Le parecía un poco fuera de lugar el ambiente que manejaba; no era lo que estaba allí, de cierta forma no estaba mal, sino aquello que le faltaba.

«Algo me dice que necesitan más que un relacionista público» pensó. Dejó de escrutar el lugar y apuntó su mirada hacia adelante con la frente en alto. «Pero bueno, sea lo que sea, yo lo puedo hacer» se dijo con ánimos.

Estaba plenamente segura que la contratarían, hasta que vio a Arturo. La forma en que se encontraba sentado, demostraba firmemente que no era un hombre con quien se mantiene una conversación entretenida. Se dio cuenta que lo que a ella le sobraba, él no lo había probado nunca.

—Permiso, me llamo Marta García, estoy aquí para la entrevista. —preguntó con suavidad.

—Sí, es aquí. Buenos días, por favor pase y tome asiento —dijo Arturo.

Marta entró, se acercó a la silla que estaba en frente del escritorio y colocó sus cosas sobre su regazo.

—Buenos días —respondió.

—Muy bien señorita García, mi nombre es Arturo Matas; usted es la última a quien entrevistaré hoy, por favor, sorpréndame. —le acotó Arturo con seriedad.

—Mucho gusto, señor Matas, espero poder cumplir sus exigencias —le respondió con su mejor sonrisa— ¿Cómo espera que lo sorprenda? —preguntó.

—Me gustaría hacerle unas preguntas para estar seguro de que la información que nos ofreció es veraz.

—No hay problema, puede hacerlas.

—Señorita García, antes de leer su currículo ¿Qué experiencia tiene?

—Bueno, he trabajado en diferentes compañías en el mismo cargo que me pide usted que desempeñe. Tengo diez años de experiencia, comprobable. —acotó—, he dejado en claro un método de acción a los equipos de relacionistas con los que trabaje en dichas empresas para que continúen progresando aún después de que me fuera.

—¿Y por qué se fue de esas empresas? Por lo que me dice, no ha sido una que ha dejado atrás —inquirió Arturo.

—Porque estoy buscando nuevos campos de trabajo en los cuales especializarme. Anteriormente trabajaba en una compañía que trabajaba con artículos de tecnología, especialmente teléfonos celulares japoneses.

>>Luego de eso me dediqué a trabajar para una revista de modas que estaba en pleno crecimiento; de allí me retiré luego de que se hizo un renombre porque parecía que si me quedaba allí no podría probar más nada nuevo en mi vida... Luego entré a una empresa que fabricaba productos de medicina.

—Con eso me parece suficiente. No espero conocer la historia de su vida. Puedo ver que de hecho trabajó en esos lugares, me tomé la libertad de llamar a sus respectivos dueños —le dijo mientras señalaba con una de las manos que tenía entrelazada sobre su la mesa, su síntesis curricular.

—Bueno, creo que le habrán dicho que sí estuve allí entonces —agregó carismáticamente.

Le sonrió. Arturo no respondió a su gesto, solamente se indignó a verla en silencio sin inmutarse. Marta no borro su expresión, se rehusaba a dejar que alguien le quitara su mal ánimo.

—Sí, todos dieron fe de ello —interrumpió su pensamiento.

—¿Eso es bueno?

—De cierto modo.

—Para mi es bueno, me agrada que aún me recuerden —le dijo, con camaradería, acomodándose en su asiento y volatizándose en sus pensamientos. Cosa que Arturo no esperaba.

—Ahora —entrando en sí— hableme de su disponibilidad laboral.

—Me encuentro disponible todo el día, siempre y cuando se respeten mis días libres y se me ofrezcan descansos aceptables en mi jornada de trabajo, le aseguro que trabajaré al cien por ciento.

—Creo que eso lo podemos discutir si es que le preparamos en contrato.

—Bueno, me gusta dejar mis exigencias claras.

Él no demostraba ningún cambio en su comportamiento. Se mantenía erguido y serio sin hacer más de lo necesario. A Marta no le parecía extraña su forma de comportarse. Vio que sus ojos no dejaban de mirarla penetrantemente.

—¿Exigencias? No es un tanto agresivo para una entrevista.

—Pues, conozco mis derechos, y no voy a trabajar precisamente de a gratis. Por lo que pienso, que, si usted quiere algo bien hecho, yo debo dar todo de mí. Para

eso necesito estar segura de que se me permitirá tener tiempo para descansar sin necesidad de extralimitarme.

Arturo respiró inhalo profundamente para luego exhalarlo con sumo cuidado.

—Como ya le dije, eso lo podemos hablar si la contratamos. Aunque me parece apropiado lo que dijo. —le aseguró Arturo.

—Es solo para poner mis cartas sobre la mesa.

—No lo critico, y ¿Qué le hace diferente de aquellos a quienes rechacé? —inquirió Arturo.

—Que ya han pasado más de diez minutos y no estoy con ellos llorando en la plaza de abajo —profirió Marta.

—Es un punto medianamente razonable. Pero no me convence.

—No sé qué más podría hacerlo.

—¿Por qué lo dice? —Le preguntó Arturo.

Se encontraba curiosamente interesado por Marta. Con los diez minutos que llevaba entrevistándole, las cosas se tornaron poco ordinarias. La sensación que emanaba de su forma de ser era, sin lugar a dudas, diferente.

Arturo no es un hombre que se sorprende o asombra fácilmente. Uno de sus atributos, es su carácter calmado y circunspecto. De manera elegante, se desplaza a través de su propio entorno sin estremecerse ante lo externo, sin desnaturalizar su propio comportamiento.

Nada le llama la atención a menos de que sea realmente interesante, y, para lo que a él constaba, Marta tenía algo fuera de lo normal. Sin embargo, hizo caso omiso a su razonamiento para concentrarse en la entrevista. Si ella no arruinaba nada, las probabilidades de que la contratase eran altas.

—Porque no parece que algo que yo pueda decirle, tenga la potestad de sorprenderlo —precisó Marta.

—Tiene sentido. —confirmó Arturo sin alterar el tono con que se estaba expresando.

—Por ello, prefiero demostrarle de lo que soy capaz. Es más sencillo que tratar de expresar lo inefable.

—Me parece bien, señorita García

—Entonces, si quiere que me retire, lo haré, pero le digo que no sabrá lo que...

—Señorita García —intentó detenerle Arturo.

—Puedo ofrecerle, —haciendo caso omiso al intento de Arturo por detenerla— confío plenamente en mis habilidades y creo que podré sorprenderlo con ellas.

—Señorita, déjeme decirle que no tengo problema con eso —dijo cuando por fin Marta dejó de hablar— Estoy anheloso de poder ver el día en que me lo demuestre, por los momentos espero que pueda mantener el trote.

>>Por favor hable con Kyle; se encuentra en la otra oficina de este piso, no tardará mucho en encontrarla. Una vez le consiga, dígame que es la nueva relacionista pública, él sabrá decirle lo que deberá hacer. Bienvenida a K&A —le dijo extendiéndole la mano.

Marta le respondió con ánimo y una sonrisa en el rostro. Arturo, simplemente le ofreció un apretón rutinario, a ella no le importó en lo absoluto. Tomó sus cosas y salió de la oficina para dirigirse al recinto de Kyle. Lo buscó con la mirada al salir de donde se encontraba y pudo verla tan rápidamente como encontró la de Arturo.

Fue hasta donde se encontraba Kyle, estaba sumido en su trabajo al final de la oficina. Marta, se acercó a la puerta y la tocó levemente con el puño para llamar su atención. Kyle levantó la mirada por sobre los lentes de lectura, dejó de escribir en la laptop sobre su escritorio, se retiró los lentes y acomodó en su silla.

—Sí, ¿qué desea? —preguntó.

—Buenos días, mi nombre es Marta García, soy la nueva relacionista pública —le dijo.

—«Oh, una chica. Eso es nuevo» —susurro para sí mismo

Se levantó de su asiento para colocarse por el frente del escritorio, se dio la vuelta, tomo su celular y se acercó.

— Buenos días, mi nombre es Kyle Matas —le extendió la mano— soy el asistente del señor Arturo

—¿Matas? —le respondió con un apretón y preguntó confundida

—Sí, soy su hermano menor, pero en la oficina no nos relacionamos así, por favor absténgase de referirse a mi como su hermano.

—No hay problema, creo —dudó—, bueno, el señor Arturo me indicó que viniese para acá.

—Sí, procedimiento estándar —salió de la oficina— Ven, sígueme, te mostraré el lugar, antes de hacer tu contrato.

—Perfecto —dijo entusiasmada.

Arturo se adelantó e indicó que le siguiera. Caminando por un pasillo comprendido entre la pared y varios de los cubículos, comenzó a exponerle los detalles importantes del lugar.

—Bien, señorita García. Estos son los puestos de trabajo, de este lado tienes a ejecutivos que se encargan del manejo de las diferentes tareas que ofrece la empresa —mencionó señalando las pequeñas oficinas que tenían más aire de cubículos de vidrio.

>>Por el otro lado se encuentran los trabajadores más relevantes de esta ala. —señaló los cubículos a su izquierda— ellos se encargan de la administración de las acciones y la bolsa bursátil. La mayoría son corredores de bolsa.

>>No se preocupe cuando alguno se altere. Les indicamos que no era necesario, que los que deben gritar no se encuentran aquí. —le dijo e inmediatamente terminó uno de ellos gritó.

—¡Menos de un millón! —exclamó alterado uno de los hombres en traje—. ¡Hazlo! No lo aceptes por más de eso.

—Ya veo —observó Marta—, se ve muy normal —dijo con sarcasmo.

Marta no tenía experiencia con ningún tipo de corredor de bolsa, se alegró de ver que en esa compañía podría tener una experiencia diferente.

—Llegaras a acostumbrarte. Arturo los quería en esta parte para estar al tanto de lo que compraban o no. Si alguien desobedece sus órdenes o administra mal el dinero de la empresa. Es inmediatamente despedido y obligado a pagar el dinero con parte de su liquidación.

—¿Y eso es legal? —pregunto extrañada.

—Está en el contrato que ellos aceptaron, Arturo en persona les dijo que lo leyeran. Nadie es contratado sin saber en qué se está metiendo.

—Asumo que eso es lo que me toca ahora —acotó.

—Exactamente por eso que está conmigo en este instante, señorita García. Vamos a hablar de los términos de su contrato —dijo mientras abría la puerta de la sala de juntas.

—Toma asiento, yo regreso dentro de un rato.

Marta pasó por un lado de donde se encontraba Kyle para adentrarse en, lo que parecía para ella, una sala de juntas bastante tétrica. Se sentó en una de las sillas que se extendían a lo largo de una mesa de extremos ovalados de aproximadamente 15x20 metros.

Era una sala de juntas particularmente grande para ella, a pesar de que no era algo anormal en ciertos lugares, lo conseguía desconcertante. Comenzó a escrutarla con cuidado, familiarizarse con el espacio como si fuese su segunda casa. «Parece prometedora, Mar» se dijo a sí misma. «Yo puedo con esto» pensó antes de que Kyle entrase con su nuevo contrato.

A Arturo le había llamado la atención el comportamiento de Marta, se mostraba interesado en la idea de que pudiese presentar algo nuevo para la compañía, de todos modos, ella le había dicho que lo iba a sorprender con su forma de trabajar.

«Espero que no sea como David» se dijo cuando ella salió de su oficina. La notó como una mujer bastante atractiva, no muy alta, pero que con los tacones se elevaba a una altura particularmente seductora.

Sus piernas eran un buen punto de enfoque, «su rostro... la verdad tiene unas facciones atractivas» pensó. Estaba preparado para recibir a su siguiente cita —esta vez no es una chica— de medio día cuando se sorprendió pensando en ella.

—Arturo, un hombre está aquí esperándote—le comunicó Kate desde la recepción.

Aclaró sus pensamientos y extendió el brazo para atender al intercomunicador por el que acababa de salir la voz de su recepcionista.

—De acuerdo, Kate, gracias por avisarme.

Se levantó, cogió su celular, cerró su laptop y se fue hasta donde se encontraba Kate. Caminando por los pasillos del lugar, pudo ver como Kyle le abría la puerta a Marta para que pasara a la sala de juntas «ya le va a entregar el contrato» se dijo.

La siguió con la mirada mientras atravesaba el umbral y se perdía en el interior del lugar. Antes de que su hermano cerrara la puerta, pudo notar como ella escrutaba el lugar con cara de preocupación.

Una vez su hermano cerró la puerta, siguió su camino con la vista al frente. Llegó a la recepción para encontrarse con el gerente de una de las sucursales de su compañía en California.

—Señor Robinson, es un placer verlo. —Le saludó Arturo al verlo.

—El placer es mío, señor Matas, tiempo sin vernos. —le respondió el gerente.

—¿Tiene mucho tiempo esperando aquí?

—No, para nada, acabo de llegar —negó despreocupado con un movimiento leve de cabeza—. Inmediatamente entré acá, la señorita Kate se comunicó con usted.

Kate, escuchando la conversación, le sonrió alegremente a Arturo con los ojos cerrados y con una mueca de satisfacción. Le agradaba cuando las personas reconocían la efectividad de su trabajo, así fuese nada más atender llamadas y abrir la puerta en ocasiones con el control remoto.

—Me parece muy bien señor Robinson. ¿Nos vamos?

Arturo y Robinson salieron del lugar para dirigirse al restaurante en donde habían quedado para almorzar. Fueron hasta el coche que manejaba Tom quien se encontraba esperando por ellos en la calle del frente. Ambos lo abordaron y fueron a un restaurante en algún lugar de Upper East Side.

Arturo no tenía ánimos de conversar, por lo que se limitó a ver por la ventana como siempre hacía cuando estaba solo. Las calles de su ciudad, de la que se sentía tan ajeno como aquel que nace en otra nación, le provocaban una sensación de abandono de la que nunca se había acostumbrado.

Las calles que visitaban no demostraban el mundo como lo estaba viendo. Se vislumbraba una realidad activa, emocionante; luces, vida, interés. Arturo no sentía eso. A pesar de todo lo que tenía, de cada centavo en sus cuentas bancarias, no contemplaba su exterior como este se exteriorizaba a sí mismo. «Otro negocio que cerrar» pensó mientras llegaban al restaurante de siempre.

Marta había planeado conseguir toda la información necesaria para hacer de su trabajo algo más significativo y eso estaba haciendo. Ya había pasado un día desde que firmó el contrato que le habían obligado a leer.

Se encontraba dentro de su nueva oficina, peculiarmente pequeña, peculiarmente no un cubículo, la cual le dio la sensación de que necesitaba un enfoque diferente para apreciarla por encima de su aspecto actual.

Se preguntó fugazmente si precisaba realmente de algo que la familiarizase con el lugar más que simple tiempo. Se levantó a ver por la ventana que apuntaba a las calles concurridas de Nueva York, la altura le ofrecía una perspectiva diferente.

—Hormigas, siempre se ven como hormigas —pensó.

Cada taxi que cruzaba la calle, las personas que los abordaban, quienes caminaban por las aceras con pasos apresurados, ignorando al individuo a su lado o incluso aquellos que se encontraban parados sin saber a dónde iban, le dieron la sensación de que la espera podría ser peor.

Después de todo, acababa de llegar y no era siquiera momento para empezar a trabajar. El silencio que en ese momento se encontraba a sus espaldas, no se desnaturalizaba por ningún motivo en aparente.

Kyle no había llegado, al parecer Arturo entraba a la hora que le pareciese mejor y Kate se encontraba sentada en recepción abriéndole las puertas a los que llegaban a tiempo a sus labores diarias.

Se despertó muy temprano ese día, cría que no llegaría a tiempo

Recordó el momento en que se encontró con Arturo, lo que hizo cuestionarse si realmente iba a conocerlo realmente como era, «si lo pienso bien no está nada mal» pensó mientras se daba la vuelta para sentarse de nuevo en la nueva silla de cuero que le habían dado para que se acomodase como pudiera.

Abrió el computador deseando poder encontrar alguna respuesta para lo que fuese que estuviese pensando.

—Esperar es demasiado tedioso —se dijo.

No podía creer que se hubiese apresurado tanto en llegar el segundo día, se encontraba a veintisiete minutos de su casa, tomando el tren adecuado, tal vez a taxi le tomase más de media hora llegar, pero sabía que era algo improbable descifrar el tiempo en que se tardaría en llegar ya que siempre había algo que se obstaculizaba entre su puntualidad y sus responsabilidades.

Y en aquel momento en que sus pensamientos divagaban más y más en la solitaria e incómoda espera en la que se hallaba por sus decisiones apresuradas, tocaron a su puerta, rompiendo el silencio que le estaba atormentado, lo que hizo que se sobresaltase.

Kyle se asomó, con su aspecto de hombre intelectual desde un costado de las paredes de vidrio arenado que la separaban del mundo exterior.

—¿Lista para trabajar? —le preguntó sonriente.

—Bueno, tengo rato esperando a que algo suceda —dijo con fastidio.

—Espero lo hayas disfrutado, porque te toca un día duro.

—Eso espero —le respondió, dirigiéndose más a sí misma que a Kyle.

Kyle le hizo una señal con la mano para que le siguiera, pensó que ya se estaba volviendo costumbre, después de todo se veía como un hombre ocupado, pero le causaba un poco de incomodidad que la estuviesen guiando como si necesitara de un lazarillo.

«Es por el fastidio, Mar, no te preocupes» se tranquilizó. La espera le quitaba parte de sus ánimos e incluso las ganas de poder comportarse como una persona educada. «Recuerda que no eres muy paciente» se dijo.

Se levantó de la silla que aún no se acostumbraba a la forma de su cuerpo, cogió su celular y se abalanzó a la aventura que le proponía la idea de seguir a Kyle de nuevo por los pasillos del lugar. Lo buscó rápidamente con la mirada al salir por el umbral de su oficina.

—Para dónde cogió — se dijo.

Lo encontró caminando en dirección a la oficina de Arturo, lo que le hizo experimentar un escalofrío desconcertante. «Habría llegado» se cuestionó. Por su cabeza cruzó la idea de que podría hablar con él o que probablemente le pediría algo personal.

Se escandalizó internamente al darse cuenta de lo estúpido que sonaba. No había pasado más de media hora con él y se sentía idiotizada. No se movió de donde se encontraba, por lo que Kyle, al no sentir que estuviese siguiéndolo nadie, se dio media vuelta y le espetó con autoridad.

—¡Es por aquí, rápido!

Marta, rompiendo su trance mental sobre la ubicación de Arturo y si realmente era relevante su existencia, comenzó a caminar, poco a poco acelerando el paso, hasta alcanzar a Kyle, quien, una vez la vio lo suficientemente cerca, retomó su paso acelerado.

—Hoy comenzarás con lo necesario para que te familiarices con el lugar.

—Pues, es parte de mi trabajo. Asumo que debería empezar por ahí. —le agregó Marta.

—Sí, y como te dije ayer, tenemos más de dos semanas sin un relacionista público competente.

—¿No tienen un grupo de trabajo enfocado en eso?

—No —le negó Kyle llegando a su oficina.

—Pero... —dijo confundida, sin terminar.

—¿Pero qué?

—Es una empresa bastante grande, deberían tener un equipo encargado de eso.

—Ese es el problema, es por eso que te contratamos.

—¿Para hacer todo desde cero?

Ambos entraron en la oficina de Kyle, éste, se sentó en su silla «seguramente la de él si es cómoda» —pensó Marta—, mientras que se mantenía de pie visualizando la idea de que probablemente tendría más trabajo del que se proponía a hacer.

—No precisamente. Como dijiste, somos una empresa grande —comenzó a buscar en su laptop la información que le haría llegar por la red de la empresa—,

contamos con ciertos encargados en el área, pero, Arturo los despidió a todos. Así, que tú eres la nueva jefa de relaciones pública.

—Ya va ¡Qué! —se exaltó Marta.

Sacó bruscamente la silla que estaba en frente del escritorio, se sentó como si el cuerpo le pesara, viendo a Kyle con más confusión que sorpresa.

—Sí, has sido ascendida. Felicidades. —le repuso Kyle sin despegar la vista del monitor de su portátil.

—Bueno —dijo con más calma—, no puedo hacer nada ahora. Supongo.

—Exacto, creo que «ascensos repentinos» estaba escrito en el contrato —agregó con naturalidad.

Marta, le miró tratando de penetrar su cráneo con la mirada, aun le preocupaba la idea de tener que hacer más de lo que tenía planeado mientras que Kyle parecía que se estaba quitando un peso de encima.

Se quitó un peso de encima.

—No, no lo estaba —negó—, pero como ya dije, no puedo hacer nada —recuperó la compostura—, esto no es nada.

Marta se acomodó la camisa dentro de la falda de vestir que llevaba puesta, sentía como el aire acondicionado entraba por entre sus piernas; lo que le había desconcertado se estaba reflejando en su piel por el frío de aquella habitación gélida y, ahora, incomoda. «Creo que puedo hacerlo funcionar» pensó, dudando de la posibilidad de esa idea.

Kyle por fin despegó la mirada del monitor, se retiró los lentes y habló con un todo de vos sensato. No tenía la intención de darle más responsabilidades a Marta de las que ya se le habían propuesto, pero desgraciadamente era parte de su trabajo y que nunca la contrataron como una simple empleada.

—Lo importante es que te informes de la situación real de la empresa. Cómo estamos manejando esto, y lo que debes hacer. No es algo grave, pero a nivel de ciertos medios que manejamos, puede ser corrosivo.

—Necesitaré toda la información necesaria al respecto.

—Ya la envié a tu ordenador. Creo que deberías empezar inmediatamente.

Respiró profundo, se afincó de los apoya brazos de la silla para levantarse, exhaló con fuerza al encontrarse con los ojos de Kyle quien la veía mientras pensaba que no podía hacer nada por ella, se dio media vuelta y caminó con orgullo hasta salir de la puerta.

—Y Ahora ¿qué hago? —se dijo.

En lo que se escapó del campo visual del hermano de Arturo, con el orgullo aún intacto, se desmoralizó porque, a pesar de que sabía que podía pasar algo así, no esperaba que le abofetearan la noticia al segundo día de trabajo. «Yo quería llegar temprano a casa» pensó mientras caminaba hasta su nuevo ataúd empresarial.

Al llegar a su oficina, no dudó mucho en acercarse a la computadora que había traído desde su casa. No se arrepintió de haberla conectado a la red, ya que podría llevárselo a su casa y trabajar con más comodidad si se presentaba la oportunidad, «se va a presentar la oportunidad» se lamentó.

Abrió el correo que titulaba el nombre Kyle para ver de qué trataba todo lo que le dijo que era «necesario» saber. Leyó.

* * * *

«Primera parte.

Estamos atravesando un problema que debe ser atacado antes de que pase a mayores. El señor Arturo Matas, actual dueño y CEO de la empresa K&A Multifuncional Enterprise, se encuentra desapareciendo del ojo del público.

Como una empresa que depende de ciertos resultados. Administramos gran parte de lo que anexamos a nuestro poder, somos un conglomerado con grandes industrias bajo nuestra ala. Actualmente presentamos problemas de comunicación con los accionistas de la parte de retailing, revista de modelaje y empresa de computación, quienes amenazan con retirar sus inversiones.

Es ahí en donde se necesita la participación de nuestra Jefa de relaciones públicas. Tú.

—Kyle trató de narrarle la situación, lo escribió pensando en que se dirigía directamente a ella, pero haciéndolo lo más formal posible, para que pudiese tener un impacto más responsable—

Nuestro CEO posee las escrituras y es el creador intelectual, accionista mayoritario, jefe y presidente de cada una de las sucursales que poseemos, pero, como bien has de saber, no podemos valernos por nosotros mismos.

Trabaja con la sucursal de modas, de tecnología y la de retailing. Debemos conseguir de nuevo el apoyo que veníamos recibiendo.»

Anexado a esa introducción que le hizo llegar Kyle, se encontraba información de las tres partes que debía recuperar. Tanto Tecnología como Modas carecían de un grupo encargado de la publicidad. Los medios estaban devorándolos.

La parte de Retailing, disponía de una capital que no se podía costear Arturo ya que tenía diferentes sucursales a lo largo de diferentes países. Marta leyó minuciosamente el documento. Investigando a la par lo que debía hacer.

Después de que le contaran lo que debía hacer, pasó tres días sin salir de su oficina orientándose con respecto al problema. Kyle le enviaba información relevante sobre lo que lo que debía hacer mientras le daba un progreso de su trabajo a Arturo.

Dos días después completar los arreglos necesarios para entender la situación, dio con el resultado. «¿Eureka?» se preguntó.

—¡Eureka! —confirmo al ver la utilidad de su idea.

Se sentó de nuevo tras haberse levantado de golpe por la emoción. «Ya tengo todo resuelto» pensó felicitándose a sí misma. Inmediatamente, comenzó a tecleó en su teclado lo que se le había ocurrido.

* * * *

Al día siguiente, Arturo llegó a su oficina como de costumbre. Ya habían pasado ocho días desde que contrató a Marta para el cargo que estaba desempeñando tan arduamente y hasta entonces no le había reconocido la capacidad de su dedicación.

Por otro lado, Kyle le llevó durante ese periodo de tiempo información al respecto: cómo se estaba desarrollando, qué tanto había avanzado. Él le preguntaba acerca de su progreso, pero este le respondía diciendo que ella no le quería decir.

Una vez le preguntaron al respecto, pero se toparon con su recalcitrante decisión de no hacer público su trabajo hasta que estuviese completamente listo, cosa que ellos conseguían inverosímil.

—El decirles ahora lo que estoy haciendo, no colaborará absolutamente en nada. Es mejor que no me estén distraendo; una vez termine, les doy mi informe detallado.

Les espetó Marta, días atrás, cuando intentaron preguntarle.

No podían reclamarle nada, ya que le habían contratado, sin antes informarle, como la jefa de relaciones, justo antes de indicarle la cantidad de trabajo que debería ocupar. «De todos modos, no es culpa mía» se lamentó Arturo.

Mientras se acomodaba en la silla giratoria para apuntar su atención hacia las activas calles de Midtown Manhattan. «Ella dijo que podía hacer lo que fuese» se exhortó con la idea de que él sólo estaba ayudándole a comprobar su punto.

Marta seguía sin comentar nada al respecto.

Ya llevaba nueve días con su atención puesta en el trabajo que desempeñaba. Las calles que ahora vislumbraba a través de la ventana de su oficina, se mostraban de un matiz diferente, que, aunque no se estaba dando cuenta, las notaba con un poco más de ánimo.

«Creo que sus piernas no están nada mal» rumió irracionalmente. Cada pensamiento de ella, indiferente del tema, le estaba llevando a imaginarla con el mismo, o similar, traje que llevaba el día que la conoció.

Estaba volatizado en sus pensamientos. Escrutaba su figura a través de sus recuerdos como si estuviese apreciando cada detalle de una escultura hecha por Lorenzo Bernini.

Los transeúntes de la calle se movían a una velocidad que no le costaba mucho seguir, estaba levemente relajado sobre su silla hasta que Kyle perturbó su momento de paz.

—¿Puedo? —le preguntó.

—Sí, pasa —dio la vuelta a su silla.

—Es sobre Marta, dice que ya terminó su propuesta.

—¿Qué más?

—Nada, no me dijo nada, quiere hablar contigo personalmente. —le dijo subiendo los hombros en negación.

Arturo no se esperaba la forma en que estaban surgiendo las cosas. Sin embargo, no le quedaba de otra que aceptarlo y por ello no se mostró ofendido. Exhalo como si estuviese borrando todos los pensamientos con el aire que botaba y agrego.

—Bueno, no nos queda de otra. Dile que se acerque a mi oficina en lo que pueda. —propuso.

—Está bien, yo le digo. —aseguró, alejándose de la puerta.

Kyle se alejó de la oficina hacia donde se encontraba Marta para hacerle saber lo que Arturo mando a decirle.

Al igual que él, encontraba desconcertante la forma que estaba manejando la situación, pero pensó, al igual que su hermano, que no podía pedir más de lo que le estaban dando y a que estaba haciendo más de lo que David hizo.

Por ello, se estaba dando golpes en el pecho a causa de sus errores y a que la imagen que queda manchada es la de ellos y no la de su antiguo empedado.

Al acercarse a la oficina de Marta, pudo ver cómo se levantaba de su escritorio con una sonrisa de satisfacción que invadía todo el lugar.

A pesar de que era igual de grande que su oficina, con el mismo color de pared e incluso gran parte de las decoraciones, no pudo evitar sentir que había algo diferente en ella. «Es Mar» pensó tras reflexionarlo unos segundos. Su actitud le ofreció una buena vibra.

—Mar, ya le dije a Arturo que tienes todo listo. Desea que te acerques a su oficina en lo que puedas.

Marta, dejó de apreciar su obra y levantó la mirada en lo que escuchó a Kyle. Cambió el semblante de su rostro tras la interrupción sin amainar la satisfacción que le invadía en ese momento.

—Oh —agrego levemente exaltada—, está bien. Yo pasaré por ahí en lo que pueda.

—Si quiere, puede ser en el transcurso de la semana, no es de carácter obligatorio que lo hagas inmediatamente —agregó, a pesar de que Arturo no se lo hubiese

dicho.

—Ah, perfecto. No hay problema, así me da más tiempo de hacer retoques.

—De acuerdo, de todos modos, no te tardes mucho en hablar con él. No le gusta esperar.

«Al igual que a mí» se dijo.

—Entendido, capitán. —Le dijo salerosamente

Se puso firme, levantó el mentón e hizo un saludo militar con el rostro serio. Estaba indiscutiblemente alegre con su trabajo, por lo que se permitía la gracia de hacer tonterías. Siempre ha celebrado sus logros con comedia. Kyle le devolvió una sonrisa; ya se había adaptado a su forma de ser.

—Ya sabes, no te tardes mucho. —le dijo mientras se alejaba de la puerta de su oficina.

La idea de acercarse a Arturo le parecía interesante. En ocho días que llevaba trabajando allí, se había familiarizado con las personas relevantes del lugar. Pudo entablar diferentes conversaciones con Kate acerca de su trabajo, de la relación con Kyle y de lo mucho que no conocía a Arturo a pesar de ser su cuñada desde hace siete años.

El día anterior, antes de dar con el resultado de su análisis, al entrar a la oficina, se topó con Arturo que estaba a unos pasos de ella. Circulando, con su mejor traje de oficina, la miró, interrumpió el saludo matutino que le dedicaba a Kate y siguió caminando sin mediar palabras.

Marta lo observo confundida, pensó que había hecho algo o si le caía mal. No sabía que pensar, ni cómo actuar al respecto ya que no había tenido una conversación adecuada con él desde que este la entrevistó.

Se acercó al puesto de recepción, colocó delicadamente su laptop y su maletín sobre la mesa que la separaba de la esposa de Kyle sin dejar de seguir con la mirada a su jefe.

Kate no se mostraba extrañada por su comportamiento ya que se había acostumbrado a verlo comportarse de manera asocial con muchas personas sin ningún motivo.

Reparando en como lo tomó Marta, lo consiguió gracioso por lo obvia que era al exteriorizar sus sentimientos. «Es tan adorable como se asombra» pensó al verla acercarse a su «escritorio» —como ella le decía— sin despegar la mirada de Arturo.

—¿Y eso qué fue? —preguntó a Kate.

—¿Qué cosa, querida? —preguntó fingiendo confusión.

—Eso, como me vio. —le insistió Marta sin entenderlo del todo.

Señalo con la mano izquierda, tratando de enfatizar su punto, hacía la dirección de Arturo, con la idea de que, si le señalaba, Kate entendería mejor. No había notado aún que estaba fingiendo. Despegó su mirada de él y volteó a verla.

—Ah... ¿Eso? —preguntó como si no fuese nada.

—Sí, yo no he hecho algo malo, entonces, ¿por qué me vio así?

—¿Cómo? ¿Cómo si interrumpieses su paz interior? —pregunto con sarcasmo.

—Sí, exactamente así lo sentí.

—No te preocupes Mar, es así con todo el mundo.

—¿En serio? ¿Un asocial antipático de mierda? —pregunto con escarnio.

No estaba tan escandalizada como parecía. Pero a los ojos de Kate, se seguía mostrando adorable. La veía como una pequeña chica que se sentía ofendida por alguien como Arturo.

Marta estaba más pasmada que ofendida, por su cabeza pasaban cientos de razones por las que no se le hubiese acercado en todos esos días, teniendo en cuenta que es su trabajo estar en constante contacto.

«¿Acaso le hice algo? —Pensó— pues obvio no, porque no me ha hablado. Si tiene un problema conmigo, es cosa de él». A pesar de que la situación le causaba un desconcertante sentimiento de duda en cuanto a la relación que mantenía con su jefe «Llevo siete días sabiendo que existe, esto no puede ser una relación real»

—Sí, a veces. A menos que no se trata de una chica con la que esté saliendo o un ejecutivo con el que tenga algún negocio, es totalmente asocial con todos.

—Pero a ti te saluda. —insistió.

—Aquí, por protocolo. —le aseguró, dándole a entender que a duras penas la trataba en el trabajo.

—No te preocupes, nadie ha logrado cambiar su forma de ser. Mujeres han ido y venido cientos de veces, su antiguo relacionista público se cansó de su falta de sociabilidad a la hora de hacer negocios importantes.

—Pero, no es que es amigable con los ejecutivos —interrumpió Marta.

—Con los que le caen bien conocen su forma de ser, del resto, es difícil hacer que los demás se adapten a él —repuso.

—Eso explica todo.

—Sí, los accionistas piensan en retirarse de la compañía porque creen que a Arturo no les interesa su posición.

—Cualquiera lo haría.

—Sí, no suele ir a las juntas, antes lo hacía, pero poco a poco ha estado dejándole el trabajo a su hermano.

—¿A Kyle? Sí, ha estado haciendo gran parte de sus obligaciones como asistente y como el cofundador de esta empresa.

—¡Kyle es cofundador de la empresa! —preguntó asombrada.

Marta no era buena con las noticias impactantes. Buena en el sentido de que no las tomaba a la ligera, siempre las contemplaba como algo más importante de lo que realmente era.

—Sí, junto a su hermano planearon hacer un conglomerado. De joven Arturo le comentaba eso siempre a Kyle y cuando por fin lo logró, le dio parte de las escrituras de la empresa.

—¿Entonces, por qué trabaja como su asistente?

—Hasta el sol de hoy no tengo idea de por qué le gusta trabajar para su hermano.

—Es decir, el simplemente podría no hacerlo.

—Sí.

Marta no entendía el tipo de relación que llevaban ambos hermanos, pero por el enfoque que le estaba aplicando gracias a eso: ambos no son lo que parecen. Sentía una curiosa sensación de interés.

De repente le vino la impresión de que estaba perdiendo el tiempo de trabajo mientras hablaba, por lo que levanto el brazo en el que tenía el reloj y vio que su hora de entrada había pasado por veinte minutos.

—¡Me cago la leche! Voy tarde y no he marcado mi entrada. —exclamo angustiada.

—¿Pero no entraste por la puerta?

—Sí, pero estaba abierta, no tuve que poner mi huella.

Se dio media vuelta, corrió hasta el capta huella, colocó el dedo medio, que fue el que registró al momento en que se lo pidieron, y se devolvió por donde iba. Se despidió con un gesto fugaz de Kate quien le respondió con una sonrisa y, sin detenerse, continuó hasta su oficina.

Caminando, pasó por el campo visual de Arturo, a lo que ambos se dieron cuenta. Él, la miró de reojo hacia arriba como quien ve por encima de las gafas de lectura, mientras que Marta lo observó con indiferencia e hizo un gesto de disgusto.

A pesar de no estar realmente molesta con él ya que para ella «es un hombre complicado, no es su culpa» —se dijo cuando pasó de largo a Kate—, no tenía ánimos de ofrecerle una sonrisa en ese momento. Su jefe no tuvo la oportunidad de ver su mueca ya que no estuvo mucho tiempo pendiente de su presencia.

* * * *

Antes de que Marta se asomase, Arturo se encontraba acomodando sus notas de trabajo y revisando sus cuentas bancarias. Gran parte de lo que debía hacer, no podía comenzar sin el asesoramiento de su relacionista pública, quien, por algún motivo que desconocía, no le terminaba de dar la información necesaria para proceder con el plan de trabajo.

«Por lo menos sé que está trabajando» se consolaba al verla sentada cada que pasaba por el frente de su oficina. «Ni siquiera David, con los dos años trabajando aquí, ha estado la misma cantidad de tiempo que ella en la oficina» Pensaba cuando no veía los resultados de sus análisis.

Cuando la vio pasar, la notó, como siempre, tan extrovertida como de costumbre. Su actitud daba mucho de qué hablar. Cada que entraba al comedor del piso, alguien estaba comentando algo que hizo.

Una vez, —cuando Marta apenas llevaba cinco días en aquel lugar— se encontró a dos de sus empleados hablando sobre ella:

—Mar —como le decían los que la conocían—, es un caso. Antes de ayer se le cayeron unos papeles, ya que, Erik, el pasante que es medio lento, la atropelló por estar distraído. El caso fue que en lo que le iba a ayudar, le grita —comenzó a fingir una pésima voz de mujer:

«¡Deja, no toques nada, que me destruyes la felicidad! ¡Sale, Sale! —Hizo como si estuviese sacudiendo un perro, se agachó y procedió a recoger sus hojas por sí sola; tras levantar la mirada y notar que seguía allí, anexó— ¡Piérdete! ¡Que me pones triste!» —Agregó el narrador del suceso para después lanzar una carcajada junto con su receptor.

—Yo escuché que se fue a llorar al baño —le respondió el otro tras terminar de reírse.

—¿Quién? ¿Mar? —inquirió el primero con sorpresa.

—No, ella no, Erik —El primero soltó una segunda carcajada.

—No sé, yo lo vi irse por donde vino como si lo hubiesen castigado.

Ambos quebraron en risas por tercera vez sin percatarse de la presencia de su jefe. Arturo no se evidenció ni dijo nada al respecto, simplemente se retiró de la misma forma silenciosa en que había aparecido.

Tenía tiempo sin sentir que en la oficina había algo emocionante de qué hablar. Pensó que Marta se estaba haciendo de una fama nada más con ser como es, suponía él. No le encontraba más sentido a su comportamiento que algo «natural» como le llamaba.

Difícilmente tenía contacto con ella o la veía hacer las cosas de las que se comentaba de su persona ya que trataba de no molestarla para que hiciera su trabajo completo; lo necesitaba hecho sin ningún error.

El mismo día en que Arturo observó hostilmente a Marta —como lo presencié ella—, estando sentado en su oficina, le vio pasar molesta en frente suyo, a lo que

pudo notar esa misma sensación extraña que le invadió cuando escucho el relato acerca de ella.

Nuevamente, hizo caso omiso a ello y se sumió en su trabajo como venía haciendo desde que tenía memoria; sin darle importancia a nada más que a eso.

Marta sintió que había vengado su honor con aquella mirada penetrante que, creía, Arturo había visto. Siguió con su paso apresurado hasta su escritorio para soltar su maletín, su laptop y reanudar las labores diarias que le habían encomendado hace ya seis días atrás. En esa ocasión dio con el resultado a sus problemas.

Ya habían pasado dos semanas desde su ingreso. Consiguió el resultado a gran parte de los problemas que le había expuesto Kyle y estaba dispuesta a contárselo. Se encontraba sentada en su oficina, pensando en lo que podría hablar con Arturo.

No tenían precisamente una relación laboral normal para estar entablando una conversación saludable. Como ya no tenía nada con lo que ocuparse, se levantó y fue hasta la recepción para comentarle a Kate, con quién había estado teniendo una relación significativa desde que entró por primera vez a aquel lugar.

Necesitaba saber algo al respecto de Arturo. Algo que la ayudase a tomarse la situación con calma.

—Exactamente, cómo puedo hablar con él —le preguntó Marta.

Se le acercó por detrás como lo llevaba haciendo desde que comenzó a familiarizarse.

—No sé Mar, creo que podrías intentar hacerlo y ya. ¿Por fin le contarás?

—Sí, pero el caso es que necesito saber más de él, conocerlo más a fondo para mejorar su imagen y la de la empresa.

—¿Ese es tu plan?

—Sí. Pero, cómo le digo a alguien como él: Oye, creo que deberías ser menos asocial, se un poco más amistoso con los demás. —dijo haciendo el intento de imitar mal su propia voz.

—Podrías empezar por no decirlo así —señalo sarcásticamente.

—Tienes razón.

—Podrías hablar de negocios, aunque él sólo habla de negocios cuando come. Y eso es de vez en cuando. Ha de ser por eso que se encuentra en esta tesitura...

Mientras escuchaba a Kate, se le ocurrió la idea de pedirle que comiese con ella; gracias a lo que ella le dijo pensó que si habla de negocios cuando come, eso quiere decir que habla feliz. Nadie que come es infeliz, no hasta lo que ella sabía. Su nueva idea debía ser expuesta.

—¡Ya sé! le invitaré a comer hoy. —le interrumpió animada.

—Eso es un plan interesante. Podría verte fracasar. —le agregó en sorna para luego echarse a reír con sutileza.

Marta la miró entrecerrando los ojos, queriéndole penetrar el cráneo con la mirada.

—Muy graciosa. Pues no, lo lograré, ya verás. El lunes cuando llegue, te dejaré atónita con mi éxito. —le dijo en el mismo tono de voz que un niño presume y advierte sus logros.

Kate seguía riéndose con sutileza.

—Bueno, de todos modos, pienso que en algún momento debías decírselo. Después de todo, no es algo que debas hacer esperar más.

—Es cierto, es importante. Pero hoy es el día.

Marta y Kate se miraron a los ojos con severidad, contemplaron la misma idea que la otra «no puedo/puedes perder el tiempo».

Marta se alejó del escritorio despidiéndose amistosamente de su compañera y fue hasta donde se encontraba Arturo.

Mientras caminaba a su oficina, comprendía lo importante que era mejorar la imagen que se tenía de él, ya que de eso dependía el futuro de una empresa conglomerada, no sencillamente de esas tres que le habían propuesto a rescatar. Se alegró de haber tomado el caso antes de que se hiciera un problema.

Se acercó a la puerta, la tocó con la mano derecha, dejando parte de su cuerpo oculto detrás del vidrio arenado y le interpelló.

—Disculpe, necesito pedirle algo.

«¿Pedirme algo?» pensó Arturo viéndola con los ojos entrecerrados. Tanto la oración como la forma en que anunciaba su petición le parecían curiosamente extrañas

—¿Qué desea, señorita García? —le inquirió.

—Es para hablar acerca de la propuesta que llevo haciendo.

—¿No la ha terminado? ¿Necesita más tiempo? —Le preguntó, exteriorizando su idea de una forma en la que Marta no la tomaba como atenta.

—No, nada de eso, es para contarle lo que deberemos hacer. Pero para ello, necesito primero que haga algo por mí.

«¿Hacer algo por ella?» Pensó, esta vez más extrañado que por la petición que le había hecho segundos atrás. «¿Qué podría querer ella de mí?» se preguntó. Y, dejándole la impresión de que le estaba leyendo el pensamiento, le respondió.

—Me gustaría poder hacerle unos arreglos a mi propuesta, pero para ello necesito poder conocerle. Y quisiera que cenara conmigo esta noche.

Arturo no sabía cómo responder a eso. Era primera vez que una mujer le hacía una petición para comer «Yo soy quien hace las invitaciones de mis propias cenas» se excusó en un estado de shock interno. Marta estaba convencida que de esa forma podría mejorar el ánimo de la empresa. Pero él, no sabía cómo reaccionar.

—¿Cenar? ¿Esta noche? —preguntó para confirmar si escuchó bien.

—Sí, esta noche. Es importante que salgamos de esta cuanto antes, así que esta noche es la mejor opción —le repuso agregando una honesta y delicada sonrisa al final.

—Bueno, creo que... —se detuvo.

Aun le parecía extraño la idea de ser invitado por una chica, no obstante, su empleada, a una cena. No entendía aún sus intenciones. Le miraba tratando de buscar una respuesta, su motivación o qué tenía planeado, apiñar la resolución de su incertidumbre, pero no tuvo éxito.

Por lo que, interiorizando la situación, comenzó a renovarle una curiosidad que no se dejaba ignorar. Se le alumbraron los ojos como si estuviese viendo un paquete, cuyo contenido, es un misterio que necesita revelar para estar bien consigo mismo. Así que decidió aceptar.

—Está bien, hagámoslo.

—¿Sí? —exclamó entusiasmada.

Le parecía maravilloso que hubiese aceptado la invitación a cenar, después de todo, las expectativas que tenía al respecto no eran tan altas como las que suele tener cuando se plantea algo.

Le miró con ojos risueños queriendo agradecerle por el gesto. No tenía idea de por qué accedió a ir, pero, sin importar el motivo, tenía el resto resuelto.

—Sí, cenaremos esta noche después de salir de la oficina.

—Perfecto, entonces nos veremos al salir, señor Matas. No se embuche de comida que yo invito.

Marta se fue sin decir más nada. Alegre como si hubiese encontrado el secreto a la felicidad que tanto necesitaba Arturo para amainar la aflicción de sus días.

A él le pareció bastante extraño, no solo la invitación, sino su actitud después de que la aceptó. Lo que tenía era una curiosidad inmensa por saber a qué se debía.

La encontró rejuvenecedora, una vez que retomó el trabajo que había interrumpido cuando tocó a su puerta.

Ella se encontraba en camino a contarle a Kate lo que había sucedido. Arturo había aceptado, contra todo pronóstico, su petición, por lo que debía exponer su logro.

—¡Aja! —gritó lo suficiente para exaltar a Kate.

—¡Qué pasó! —exclamó— ¿Ya hablaste con él?

—Sí, y adivina qué... —le sonrió con travesura— me dijo que sí.

—¿Entonces?

—Sí, hoy mismo iremos, así que prepárate para lo que sea porque lograre lo que quiero.

* * * *

Arturo cerró su laptop, guardó los papeles que se encontraba leyendo en la carpeta en la que Kyle se los entregó, se levantó, acomodó su saco y cogió su celular para partir a lo que, no esperaba, sería una noche interesante.

Vio que Marta se encontraba afuera en la recepción, esperando por él. En lo que pudo detallarla de lejos, volvió a darse cuenta de lo espectacular que era para la vista.

Hasta ahora solo había notado a alguien exageradamente animada e increíblemente atractiva, pero esta vez, viéndola en la misma posición que han estado otras, pensó que su belleza era algo inalienable.

Aunque técnicamente se encontraba en la misma circunstancia que sus amantes, pensó: «Si no la hubiese contratado ya estaría pensando en cómo llevarla a mi casa... ¡rayos! De lo que me perdí».

Para sus relaciones sexuales era quisquilloso; siempre y cuando estuviese seguro que habría coito, procedía a tratar amablemente a su cita. Pero, esta vez, era tanto una reunión de trabajo como algo imposible de visualizar.

No sentía ningún sentimiento ajeno a lo laboral con respecto a Marta, eso se decía. Mientras caminaba hasta su posición, seguía contemplando la realidad como él la percibía. «Esto es solo por curiosidad» se advertía.

«Si fuese por mí, no estaría haciéndolo», a pesar de que él decidió acceder, continuaba razonando en contra de todo pronóstico. Esto lo sacaba de su molde. Primer logro de Marta.

* * * *

Marta tenía esperando más de quince minutos «diez minutos es algo, pero quince es demasiado» se quejaba mientras balanceaba desesperadamente su pie sobre la punta de su tacón. Kate y Kyle se habían ido ya, dejándola a su suerte.

—Te deseo suerte, Mar —le dijo Kate abrazada a su marido.

—No te preocupes si las cosas no salen como lo esperas —le consoló Kyle, viendo hacia atrás por encima del hombro.

—No creo que sea tan malo —expuso Marta.

Ambos soltaron una leve carcajada mientras se perdían en la oscuridad de lo que quedaba vivo del piso en el que se encontraba su compañía. Marta los siguió hasta que desaparecieron en el ascensor. No quería quitar su mirada del vidrio que delimitaba el exterior de donde se encontraba. Ya estaba ahí, no había nada que pudiese

hacer.

A lo lejos, se escuchaban las pisadas de Arturo. Sonaban como una sentencia genérica que retumbaba entre las paredes de los cubículos, las sillas vacías, los vidrios sin vida. Trago un puñado de saliva antes de darse cuenta de lo estúpida que se veía por estar preocupada por algo tan trivial.

En lo que se reivindicó a sí misma sin auto humillarse por algo como la angustia o los nervios, se dio la vuelta como si acabase de notar que se estaba acercando, y le sonrió con su peculiar actitud animada.

A su jefe, un ejecutivo de costumbre, hallaba desconcertante la amabilidad que impregnaba la existencia de Marta. Su atractivo ni su cuerpo tenían que ver en ello; cientos de chicas habían estado ahí paradas esperando por él. Una más no era gran cosa. Suponía.

Cuando por fin compartieron el mismo cuadro de cerámica, Marta le expuso.

—¿Ve la hora? —asomando la mano en que llevaba el reloj—, teníamos que salir hace media hora. No ahorita.

—Yo no tengo hora de salida... —empezó a decir antes de que le interrumpieran.

—Tampoco de entrada, lo sé. Pero, no puede hacer esperar a una dama —se adelantó con una soberbia elegante y femenina—, sígame, que aún tenemos tiempo. Esta es la ciudad que nunca duerme.

Arturo no tuvo tiempo de defenderse, pero, por amor a lo que le había impulsado a llegar hasta ahí, le siguió sin ningún problema. Caminaron hasta el ascensor, al que primero entró Marta batiendo sus caderas con femineidad.

Él no se había tomado el tiempo de detallar su andar o algo por el estilo. Esta vez Marta se encontraba con su cabello castaño suelto, con el saco doblado en su cartera y la camisa que llevaba debajo sin mucho apretar.

No era raro en ella, una vez que saliese del trabajo, se despojara del sucio sentimiento de oficina que, aunque no le molestase «no es para llevarlo de noche» se decía.

Esperando a que entrase, Arturo la alcanzó para bajar a la planta.

—¿A dónde vamos? Conozco unos lugares elegantes que están abiertos a esta hora a los que podemos ir —propuso Arturo sin deshacerse de su carácter serio.

—No, no, no y no. —le espetó Marta volteándose y levantando el mentón para verlo a los ojos—, yo soy quien le está invitando, así que no puedo costearme algo «elegante» —dijo con vilipendio y un tono en mofa.

—Pero yo puedo pagarlo, eso no es problema —le repuso Arturo.

—No, ya dije. Yo elegiré el lugar, y usted cumplirá con lo que le pedí. —concluyó Marta dejando de mirarle con brusquedad.

Plasmó sus parpados unos con otros, entrecruzo los brazos y se quedó esperando, con los ojos cerrados, a que el ascensor se detuviese en el piso que les correspondía.

Le disgustaba que no aceptasen su invitación como era apropiado; si ella propone una cita, es porque está dispuesta a pagarla. Arturo no se sentía ofendido, a lo contrario, lo veía con una extraña vehemencia. Poco a poco Marta conseguía que sus sentidos se activasen por voluntad propia.

Al llegar a planta Marta camina rápidamente esperando poder ver un taxi al cual parar. Arturo no acelera su paso con la intención de alcanzarla ya que tiene años sin experimentar lo que es viajar de esa forma.

Observaba a Marta desde lejos haciendo el intento de silbarles a los conductores de aquellas máquinas amarillas de cuatro ruedas. Sacó su celular del bolsillo interno del saco y marcó a Tom.

—Tom, dime que estas libre —afirmó una vez le atendieron.

—Lo siento, señor Arturo, no estoy trabajando en este momento. —Se disculpó Tom.

—¿Tienes algún conocido por el área?

Arturo caminó hasta la puerta del edificio, en donde veía el inútil intento de Marta de detener un taxi a tiempo sin saber silbar. Su esmero le comenzaba a parecer gracioso, pero leve, lo suficiente como para no notarlo.

—Sí señor, mi hijo está manejando el coche. No se preocupe, es un chico responsable.

—No tengo problemas con eso, Tom, solo me importa que esté aquí de inmediato.

—Pero señor, está allá esperándolo desde hace media hora. —le aseguró Tom.

—Mándame su número, Tom, para tenerlo guardado. Necesito encontrarlo rápido.

—Está bien señor, tome nota.

—Mejor pásame el contacto por mensaje, Tom. Ya estoy aquí abajo.

—De acuerdo señor, déjeme le cuelgo para enviárselo.

A los minutos le llega el número del celular de su chofer actual. Arturo lo presiona con el pulgar sobre la pantalla táctil de su Smartphone y marca de inmediato la llamada. En lo que visualiza al chofer atendiendo al teléfono desde la otra calle, le silba y de inmediato se para un taxi.

Marta lo ve con los ojos entrecerrados intentando calcinarle el cráneo con su mirada, mientras se da cuenta que Arturo no aborda el taxi que se había parado, sino que lo bordea hasta un coche negro al otro lado de la calle.

—¡Ey! ¿a dónde va? —le grita, mientras lo persigue tratando de no caerse por el suelo húmedo— espéreme, señor Arturo.

Arturo aborda el vehículo de color negro y le pregunta a Marta, antes de cerrar la puerta, si quiere entrar o si iba a pagar el taxi. A lo que le respondió.

—No, déme un permiso —le hizo señas con las manos para que se arrimase al otro asiento y ella poder montarse por ese lado.

Arturo seguía recibiendo una bofetada diferente cada vez que Marta le hablaba. No estaba acostumbrado a ser tratado por nadie como un igual, mucho menos por una chica. No tenía muchas relaciones, ni amistosas ni amorosas, como para establecer un patrón de conducta normal entre las personas.

A lo que siempre estuvo sinceramente familiarizado, era al trato de señor, de jefe, de autoridad, que todos le ofrecían. En cuanto a su actual cita, la forma en la que ella lo trataba le estaba destituyendo de nivel.

Marta le indicó al chofer el lugar en donde comerían sin alarmar a Arturo. Llegaron al lugar, sin mucho problema, abandonaron el vehículo y entraron al lugar.

Arturo se dio cuenta que en donde se encontraban a pesar de que durante los ocho minutos de viaje que se tomaron, trato de no ver a través de la ventana del auto. Marta entró al Smith con la esperanza de conseguir una mesa.

Él había comido allí antes, pero no estaba acostumbrado a visitarlo todo el tiempo. Tanto Marta como él, estuvieron en silencio todo el camino. Ella quería guardar su conversación para desenvolverse en un ambiente más amistoso, mientras comían, a la vez que Arturo deseaba no perturbar cualquier cosa que ella tuviese planeado.

Pudo buscar la mesa que reservo temprano. Una vez la tomó, se dedicó a buscar a Arturo con la mirada. Se encontraba entrando a penas al local, que veía con cierto aire de inferioridad.

Le hizo señas con la mano al notar que estaba buscándola. Cuando se percató de que la había notado, se sentó en su silla a esperar que llegase.

—Bien, ahora estamos listos —le dijo en lo que se acercó lo suficiente.

—¿Para qué?

—Para comer, tengo mucha hambre, me mantuve en ayuna desde que te mencioné lo de la cita.

Se dio cuenta que no se refería a él con formalidad. Arturo estaba soltándose poco a poco el moño de la corbata —figurativamente—, pero no estaba preparado todavía para la forma en que Marta acostumbraba a comportarse con sus conocidos.

—Me invitaste a comer a las dos de la tarde, ya había pasado tu hora el almuerzo. —Le recordó Arturo.

—Y desde entonces he estado aguantando el impulso de comer algo, y eso no es normal, no en mí. Así que ordenaré algo grande.

—¿Sólo vinimos a eso? —preguntó viendo a su alrededor buscando alguna forma de escaparse.

—No, obvio, pero debemos estar a gustos para hablar. Después de todo, espero conocer todo de ti.

—¿Todo de mí? —regresó su atención a la mesa en donde se encontraban e inquirió confundido.

—Sí, confío plenamente en que sí manejo más información al respecto, puedo ayudarte a mejorar esa imagen pesimista que tienes —le espetó mientras leía la carta — ¡Aja! Yo quiero una hamburguesa con extra de todo. —agregó sumida en su lectura.

—Pero eso se lo podías pedir a mi hermano. Él sabe todo de mí.

—No, oh. —le negó entre sonido y murmullo. Arturo estaba comenzando a sentirse extraño a su lado.

—¿Cómo qué no? ¿Me estás diciendo mentiroso? —le inquirió Arturo.

—No dije nada, solo dije «no, oh», debes relajarte. Eso es algo que no sabría Kyle, que debes relajarte. —le expuso Marta.

Mientras más hablaba, más conseguía sacar algo diferente de él. El mesero llegó con la intención de anotar la orden de la pareja. Marta, le indicó que quería la hamburguesa, la más grande que tuviesen, con extra de papas, de tocínas, de cebolla, de queso y dos cervezas grandes. Arturo, imaginándose lo que estaba pidiendo la chica, ordenó lo mismo.

Mientras esperaban, le comenzó a invadir la sensación de que estaba fuera de lugar, no por el ambiente del espacio, sino por la forma en la que se encontraba Marta. No estaba como se encontraba en la oficina. Con su cabello recogido, con su camisa sin arrugar.

«Tengo muchos trapos para este espacio» se dijo. Por lo que, esta vez, fue aflojándose el nudo de la corbata. Marta lo observaba interesada en su forma de actuar, se notaba que algo no lo estaba manteniendo en su base, quería verlo comportarse como realmente era.

—Creo que Kyle podría saber cosas de mí. Lo sabrías si le preguntaras. —retomó la conversación mientras se quitaba el saco.

—Sigo opinando que no. Pero, eso ya no importa, después de todo ya estamos aquí. Hay que aprovechar el momento.

—Creo que tienes razón —asomó una pequeña sonrisa con la comisura del labio

Marta notó que su jefe comenzaba a sincerarse, pensó que lo que fuera que estuviese haciendo, debía seguir, lo importante era conocer al verdadero Arturo Matas.

—Bueno, señor Arturo, creo que querrá que le cuente por qué necesito que usted me cuente sobre usted —asomo una sonrisa a causa de su propia oración.

—Me dijiste que era para mejorar mi imagen pesimista —agrego, expresando claramente sentirse ofendido.

—Es verdad, es para eso. En parte, pero, en vez de hacerlo un pregunta-respuestas —propuso—, podríamos simplemente conversar como dos adultos normales.

—Ya que —se excusó— por algo estamos aquí.

—Esa es la actitud. Pero yo pregunto y usted responde.

—No acabas de decir que...

—¡Yo sé que dije! —reclamó— solo hágame caso y siga la corriente.

Le veía desenvolverse a su propia manera, de tal forma, que la simple entonación de sus palabras parecía que era tan libre como ella. «Marta es... extraña» pensó. La

veía como una chica joven, inteligente, amigable.

Su impresión de lo que representaba, evolucionaba de manera exponencial. «¿Qué tiene, que la hace así?» se preguntó. Contemplaba la forma en que se perdía en el detalle del lugar. Si no estaban hablando, no perdía tiempo en entretenerse en otra cosa, se veía animada sin que siquiera quisiese demostrarlo.

A Arturo, no solo le extrañaba, como tanto se repetía, sino que lo que le llevó hasta ahí fue más que un impulso curioso. No acababa de aceptarlo, pero sabía que era más que eso.

—De acuerdo. ¿Por dónde quieres empezar? —le preguntó Arturo.

—Me gustaría saber cómo llego hasta donde se encuentra ahora.

—¿Necesita que yo se lo diga? Hay artículos sobre eso.

—Si quisiera leer artículos ¿cree que estaría pagándole la cena?

—Con respecto a eso, le dije que no era necesario.

—Y yo le dije que no me importa, que de todos modos se la pagaré —le aseguró de nuevo— mejor comience a relatarme la historia de su vida, que la noche es joven y no creo que nos den nuestras hamburguesas aún.

—Bueno, soy de España.

—Eso lo sé, cuénteme como si estuviese narrando su vida.

—Deja de interrumpirme entonces. Yo sé cómo contar mi propia historia.

—Está bien, está bien. Siga —le repuso sintiéndose regañada.

—Como ya debe de saber, soy de España.

A pesar de lo que Arturo le dijo, Marta asintió con la cabeza demostrando, con impaciencia, que ya sabía. Este le vio severamente para que dejara de insistir. Y prosiguió.

—Viví mucho tiempo en un lugar llamado la Sevilla, en el barrio de las tres mil viviendas. Para el momento en que me hospedaba allá, no era precisamente un lugar atractivo. Mi madre me decía que lo fue, pero por alguna desgracia me tocó a mí vivir su época dorada.

>>Estuve allí por dieciséis años, nos habíamos mudado porque la situación económica de mi madre y la salud de mi padre pendían de un hilo. Sin contar que estaban esperando a Kyle, por lo que muchos cuidados recayeron en mis hombros.

>>Durante años, a pesar de que mi madre se excusaba en que ese era un país primermundista, me vi en la obligación de trabajar a temprana edad, hasta que, a los dieciséis años de edad, pude irme con ella y Kyle, que en ese momento tenía doce años, al nuevo mundo. Era menor de edad, así que sin su presencia no podía.

>>Honestamente, habría sido más sencillo mudarnos al centro de España; en cuanto a que es del primer mundo, no es mentira, pero, no tuve la mejor experiencia: un piso habitado a la fuerza, el trabajo forzado, la discriminación por estar en un lugar que era más peligroso por su fama que por el peligro que en verdad representaba.

>>El riesgo de estar allí, era más psicológico que físico. En esa época me forjé un carácter serio y circunspecto con el que podía valerme en contra de las molestias que los demás me ocasionaban.

>>Pero, realmente no quería irme de allí. Fue lo único que verdaderamente conocí, no sabía de ningún otro lugar que fuera mejor que eso.

Afirmó, acomodándose en la silla y arrastrándola más cerca de la mesa. Ella lo notaba más cómodo. Él empezaba a sentir la comodidad que no sentía con nadie más. Se llevó la mano a la parte posterior de su cabeza para pasársela por el cabello.

Marta siguió su mano, viendo como los músculos de su brazo se fueron tensando. A pesar de la forma en que estaba contándole su historia, desconocía si realmente le estaba diciendo la verdad o simplemente era una táctica para salir del paso.

Indiferente a ello, continuó escuchándole con la idea de que no había motivos para que le mintiese, lo poco que aquellos que tienen más tiempo relacionándose con él, le afirmaron que podía ser cualquier cosa, menos un mentiroso. Tal vez alguien que oculta cosas, pero nunca miente al respecto.

—Prosigue, que está interesante...

—Por lo que, inicialmente, tenía pensado conseguir dinero para hacerme con las escrituras de la casa. Cosa que era imposible, ya que, les habían prometido a los primeros dueños que se la darían a los treinta años de haberla adquirido.

>>A causa de eso, poco a poco fui perdiendo la esperanza de tenerla. Después de eso, comencé a rechazar el deterioro del lugar. Me costaba creer que fuera un espacio agradable y más aún, que llegase a serlo de nuevo.

>>Estudí como pude, mi padre, luego de recuperarse un poco, empezó a ayudarme a mantener a la familia. Mi madre se quedaba en la casa atendiendo a Kyle como podía mientras nosotros nos esforzábamos por llevar el pan a la mesa. Por un tiempo, ya habiendo comenzado a aborrecer el lugar, tuvimos un poco de paz. Padre estaba mejorando.

—Pero, ¿tu padre no se vino con ustedes?

—No, a los meses de su remisión, porque tenía cáncer y nosotros no disponíamos de los medios para tratarlo, murió. Más tarde me enteré que el tiempo en que comenzó a ayudarme, ya le habían dado de alta porque los pocos tratamientos que recibía no le surgían efecto.

>>Lo enterramos como solemos enterrar todo lo que nos queda dejar atrás, en silencio, sin hacer un comentario al respecto.

—¿No te dolió verlo morir?

—Claro que sí, las cosas como las conocían, en menos de dos años, se estaban tornando grises y devastadoras. Mi papá se fue, mi madre estaba aturdida por su partida, mientras que yo, no podía permitir que algo me afectase.

>>Marta, vi personas morir, a mi padre, a personas que nunca conocí, de las que no espero saber más nunca; por poco veo a mi madre sucumbir en el sufrimiento y suicidarse.

Marta se encontraba sorprendida por su relato. La profundidad de sus palabras no evidenciaba la presencia de falacia alguna.

—Eso fue antes de que decidiera partir. España pudo haberme ofrecido algo más, pero yo no quería nada de nadie. A pesar de que no siento ningún rencor por ella, ya que gracias a lo que viví allí me ha catapultado hasta donde estoy ahora, en ese entonces, no esperaba conseguir el éxito que quería y podía obtener aquí.

—¿Deseas volver en algún momento?

—Ya lo hice, la verdad. Solemos viajar a España todos los años cada diez de noviembre, en el cumpleaños de mi padre para disfrutar de nuestra tierra tanto como él lo hizo una vez. Nunca lo pospongo, por nada del mundo.

—¿Y tú padre cuando murió?

—El 12 de septiembre.

—Entonces la has perdonado. A España.

—Tengo treinta años, han pasado catorce desde que me fui de allá. Definitivamente debía hacerlo.

El mesero llegó con sus pedidos, ambos platos repletos de papas fritas y una hamburguesa de la que se apreciaba la tenso-actividad del queso desnaturalizado por el calor; se escurría por la carne hasta tocar la vasija.

Marta lo observó con un brillo inigualable en sus ojos, saboreando el aroma que emanaba del platillo recién cocido. Arturo lo siguió por unos segundos con la mirada, pero se detuvo en el rostro de su compañera en lo que el plato que le estaban sirviendo, atravesó el campo visual en donde se encontraba.

Observó cómo se emocionaba con tan solo verlo. Para luego notar que, contra toda voluntad, decidió ignorarlo por un momento. Ella levantó la mirada y le preguntó.

—Y ¿Qué más hay acerca de ti?

—¿A qué te referes?

—A ¿Qué más hay acerca de ti? Acerca del verdadero Arturo.

—Pues no creo ser precisamente un farsante —señaló con un poco de pedantería.

—No me refiero a eso, vale. Tómame en serio.

—Podría tomarte —le propuso con picardía.

—¡Deja! —se quejó comportándose como si la estuviesen acosando.

Arturo sintió que había sucedido algo gracioso. Pero, no estaba dejándose dominar por la situación. No del todo.

—Yo sé a qué te referes. —le dijo cambiando de tono de voz a uno más sereno— ¿Qué quieres saber exactamente?

—Bueno, cuáles son tus motivaciones, lo que te gusta, lo que no... tú sabes, cuéntame de ti.

—Bien, no tengo mucho que contar.

—Entonces dime algo importante.

—Me gusta estar en paz. A pesar que gran parte de mi vida me la paso rechazando a las personas por no querer comprometerme a nada. Lo hago más que todo por la soledad.

—Y ¿te gusta estar solo?

—A veces

—Entonces no te gusta estar todo el tiempo solo.

—Eso es lo de menos.

—Bueno, bueno. Cuéntame de algo que no deprima —agregó mientras tomaba una papa frita.

—De acuerdo. En resumen, sé que muchos no me toleran por cómo me comporto. No me gusta que las personas lleguen tarde a pesar de que no me importa llegar temprano. Me encanta estar con una mujer, el sexo es una de mis cosas favoritas. Esta empresa lo es todo para mí, es lo que me mantiene en el nivel social que me encuentro y me ayuda a hacer lo que me gusta.

Explicó a rápidamente sin enredarse. Ella le estaba siguiendo a la perfección.

—Soy virgo, pero no creo en que la posición del sol y la de unas constelaciones en el día de mi nacimiento puedan afectar mi comportamiento. Por lo que eso no te dirá mucho de mí. Soy aficionado a los deportes y la mayor parte del tiempo me encuentro encerrado en mi pent-house por falta de motivaciones.

>>Me gusta el cine, la filosofía, comer, el sexo. Sé que ya lo dije, pero me encanta el sexo. Y a veces incursiono en la poesía. Me molesta que las personas se fijen en cosas que trivialicen sus vidas, a pesar de que yo mismo no hago mucho con la mía

><No he tenido una relación. No una relación estable, digo relación en general. No he salido con nadie desde que me mudé para acá porque eso me distrae de mi trabajo.

—Bueno, creo que eso es suficiente.

—Y tú ¿Qué me cuentas de ti?

—¿De mí? Bueno, soy un ser humano.

—No me digas —dijo con sarcasmo.

—Sí te digo —le aseveró con una respuesta digna de un niño

—Okay, pero cuéntame.

—Bueno, soy scorpio. Pero no me define como persona —le sonrió.

—Te lo dije.

—Lo sé. Me gusta estar siempre feliz, la comida, el sexo, aunque no lo practico con frecuencia porque no soy una cualquiera.

—Somos tan diferentes.

—¡Cierto! ¿No es eso genial?—expuso con entusiasmo—. No tengo una historia trágica ni que me defina. Soy latina. Como puedes darte cuenta, nací y me gradué en Venezuela. Estoy aquí desde hace varios años, trabajando, abriéndome paso al mundo profesional.

>>Me gusta comer, ya lo dije, pero me gusta mucho. Trabajar, escuchar música, ir al cine, los atardeceres y detesto a las personas falsas. No me gustan las redes sociales, me distingo por ser una mujer que vive el momento.

—¿Qué más?

—Bueno. No sé, soy interesante pero no se me ocurre más nada.

—Deberemos conocerlo al paso del tiempo.

—Será. Pero, oye, no me distraigas, y o soy quien debe preguntarte. Quiero saber acerca de la empresa, ¿cómo la obtuviste?

—Trabajando duro —le respondió mientras se colocaba la servilleta de tela sobre el regazo. Sin levantar la mirada.

—Oh, disculpe usted, no sabía que era tan sencillo llegar a ser multimillonario. —dijo golpeando la mesa con la palma de su mano para llamar a su atención.

Arturo levantó su mirada y observó su rostro de disgusto, que, a pesar de mostrar genuina seriedad, le causó risa. Se mofó por unos segundos con una carcajada que le sorprendió más a él que a ella.

Sin importar el hecho de que no estaba acostumbrado, definitivamente, a hacerlo, prosiguió con lo suyo, el tomar poseer su hamburguesa, amainando poco a poco la fuerza de su carcajada.

—Es en serio, me gustaría saber cómo te hiciste con la empresa. Necesito saber cuáles fueron tus motivaciones. —Le espetó, tratando de verse seria, sin lograrlo.

—Espera que pruebe esto y te digo.

—De acuerdo, entonces...

Bajo su mirada hasta su plato para tantear con sus manos, sin tocar aquella obra de arte, como procedería a comérsela. Primero cogió el ketchup que se encontraba sostenida de su pico en frente de ellos la abrió y la espació sobre sus papas. Tomó el cuchillo y el tenedor, saco la paleta de madera que estaba incrustada en el centro de su pan y corto en cuatro triángulos su pedido.

Arturo tomó la hamburguesa con ambas manos, habiendo sacado antes la misma paleta que se encontraba en la suya. Se acercó al plato para evitar derramar el queso o lo que fuese propenso a caerse y se la llevó a la boca. En el primer bocado ambos suspiraron de placer.

Masticaron lentamente hasta que por fin pudieron liberar sus bocas para hablar.

—Entonces, dime, como obtuviste la compañía. —Le volvió a preguntar Marta.

—Con trabajo duro y dedicación —le repuso de nuevo Arturo.

Marta bajo ambas manos sin soltar los cubiertos, golpeando de nuevo la mesa. Arturo se volvió a reír en su cara mientras ella intentaba penetrar su cráneo con la mirada.

—Disculpa, es que es gracioso.

—Bueno, cuéntame de una vez.

—Primero empezamos comprando ciertas acciones, pequeñas.

—¿Empezamos?

—Sí, mi hermano y yo. Una vez aquí, no teníamos con que surgir, así que él también se puso a trabajar.

—¿Ambos abrieron la empresa?

—Exactamente.

—Pero, si él es tu asistente.

—También, pero lo hace porque quiere. Es parte de nuestra sociedad —le agrego mientras se llevaba de nuevo la hamburguesa a la boca.

—¿No tiene que atenderte?

—Para nada. Solo lo hace porque así mantiene su parte de la empresa intacta. Si nos sucede algo y me quitan a mí lo que me corresponde, él se queda con ambas partes porque es el dueño de la mayoría de las acciones, como yo.

—Todos creen que las posees tú.

—Sí, esa es básicamente la idea.

—Y ¿por qué están en problemas si saben manejarse?

—Porque los accionistas me odian. Básicamente por eso, y como a mi hermano no se le ha dado el prestigio adecuado. No respetan su posición. Aunque ha sabido mantenerlos al margen.

—Bueno, entonces creo que debería contarle lo que debemos hacer.

—Sí, pero no ahora. Mejor sigamos comiendo. Ya no quiero hablar de mí o de los negocios.

Evitó el tema agarrando un poco de las papas y pasándolas por la salsa de tomate que había esparcido Marta en sobre las suyas. Había pedido otra cerveza para tomarse la mitad de un solo sorbo. Ya el licor estaba causándole efecto. Ella le miró aturrida por lo que hizo, no se esperaba eso viniendo de él, a pesar de que no le molesto.

—¡Ey! Esa es mi salsa —le reclamó— ¡Aléjate!

Marta estaba a punto de terminar su cerveza, por lo que ordenó otra ronda. Ambos bebieron hasta terminar su cena. Se miraban o bromeaban de a momentos. Se había roto el hielo que los separaba, su único obstáculo era la mesa entre ellos.

Arturo, se sorprendía a sí mismo hablando de forma natural, como si la conociera de toda la vida; riéndose y disfrutando la noche como ninguna otra.

—¡Mesero, mándenos otra ronda por favor! —exclamó Marta al terminar la cuarta cerveza de la noche.

Estuvieron tomando por dos horas. Pidieron varias cervezas y tequilas que ofrecían en el bar. No se movieron de la mesa en todo ese tiempo. De vez en cuando, se retaban, sin mediar palabras, para saber quién de los dos soportaba más los vasos de cervezas. En menos de lo que se dieron cuenta, ya se encontraban en el coche de Arturo que estaba manejando el hijo de Tom.

Arturo no tuvo tiempo de decirle que se dirigiera a su pent-house, por lo que Marta le dio su dirección. A pesar de que el viaje era más largo hasta su casa, ambos lo sintieron como un recorrido de diez minutos.

Continuaron su conversación del restaurante, sin percatarse de que no estaban solos. Exponían en voz alta sus ideas, se encontraban cerca, sin notar lo mucho que realmente lo estaban.

Al llegar a donde se ubicaba el departamento Marta le propuso la idea de subir a conocerlo. El alcohol corría por sus venas, pero estaban lo suficientemente sobrios para saber que no había forma de escaparse uno del otro.

Arturo accedió a subir junto con su actual cita, le dio indicaciones al chofer para que se marchara y se sumergió en el umbral que le dirigía a una escalera hacia el departamento de Marta.

En la puerta, no perdieron tiempo y comenzaron a besarse. No había forma de no hacerlo. Marta se propuso la idea inmediatamente le indicó la dirección al hijo de Tom. Arturo, aun negándose a la posibilidad, no tuvo de otra que hacerlo, sus instintos se apoderaron de él junto al grado de alcohol que había consumido.

Marta, mientras se encontraba pegada a la pared de su puerta, hizo el intento de abrirla con la mano que tenía libre. Saco las llaves de su cartera, la cual se cayó en el momento en que lo intento, y, de un solo tiro, atinó a la cerradura con precisión inigualable. Forzó un poco la manija y logro abrir.

Arturo no dejaba de tocarle el trasero ni apoderarse de su cintura mientras la besaba. Marta sentía la presión de su cuerpo en contra de él de manera que le excitaba con tan solo imaginarlo sin ropa. Él hombre cerró la puerta con una patada y arrastró a Marta hasta lo primero que vio.

No estaba pendiente del lugar en donde se encontraba, a pesar de no detallar el departamento de 60m², para él, en ese momento, se veía tan grande como su hogar. A unos pocos metros de la puerta, se tropezó con lo que, según le pareció, era un sofá.

Trató de tocarlo con la mano que estaba más cerca de él, soltó las nalgas de Marta y confirmo su sospecha. La abalanzó hacia él de la forma más delicada que su sobriedad le permitió.

Marta, estaba tratando de desnudarlo mientras sentía sus manos tocándola. De repente, siente que deja de apretarle el culo para luego darse cuenta que la había levantado como si no pesara para dejarla caer en el sofá que estaba en todo el medio de su sala.

Una vez allí, se le quedó viendo, esperando. Quería que se acercara ella, pero él la miraba atónito. La camisa que llevaba estaba a medio abrir, mostrando su sostén de color blanco. Se le había caído un tacón, por lo que decidió soltar el otro mientras Arturo se decidía abalanzarse a su encuentro.

En lo que Arturo entró en razón, se quitó la camisa apresuradamente, dejando su torso desnudo y marcado libre para la apreciación de Marta. Se lanzó sobre ella para continuar besándola.

Su pareja, estaba controlando la situación tratando de sacarse lo que le quedaba de la camisa dentro de la falda, para quitársela por completo. De manera ágil, le desabrochó el sostén sin que ella se diera cuenta y se lo sacó de un solo estirón.

Durante todo eso, no dejaban de besarse. Sus lenguas bailaban en la boca del detallando cada centímetro de aquello que era ajeno para ambos. Sus sentidos fueron agudizándose. De repente, Marta se detuvo apartándolo con ambos brazos.

Arturo se extrañó un poco por lo que se inclinó para atrás con el fin de darle más espacio. Ella, se levantó, bajó el cierre de la falda y la dejó caer.

Mientras daba leves brincos, su prenda se deslizaba por las curvas de su cadera dejando al descubierto la redondez de sus glúteos y unas medias de color blanco que se perdían entre sus nalgas. Marta lo vio por encima del hombro, moviendo el dedo índice indicando que la siguiera.

Ya se encontraba prácticamente desnuda, cosa que Arturo deseaba ver desde hace tiempo. Se desabrocho el pantalón para quitárselo y alcanzar rápidamente a Marta hasta su habitación. Una vez que se encontraron en el mismo tramo de la casa, ella gateó lentamente sobre la cama seduciéndole con el movimiento de su cuerpo.

Arturo fue rápidamente hasta ella y la cogió por la cintura para acercar su rostro hasta su vagina. Con su nariz empujando la tela de sus medias al interior de su vulva, comenzó a succionar lo que podía. Alejó su cara de su plato preferido, y le bajo la prenda sin mucho esfuerzo, para luego preceder a comérsela de nuevo.

Marta, exclamó de placer cuando Arturo le introdujo la lengua, probando sus jugos como si estuviese lamiendo un helado. Extendió su brazo izquierdo hasta la cabeza de aquel hombre y lo enterró aún más su rostro contra su parte baja. Gemía de placer mientras él le expandía las nalgas para descubrir más su vagina.

De repente, se dio la vuelta, quería dejar de sentir para hacerlo sentir a él, le tomo por la mano y lo acercó a la cama para que se acostase. Arturo siguió sus indicaciones, se extendió sobre el colchón suponiendo lo que le esperaba. Marta le bajó los bóxeres con ambas manos, dejando al descubierto su pene completamente erecto.

Por un instante, vio la forma en que actuó como una palanca para caer sobre su abdomen, llegando un centímetro más arriba de su ombligo. Sacó como pudo lo que le quedaba de ropa de entre sus piernas y se dirigió a tomar entre sus manos aquel miembro que la llamaba. Sintió como el aroma le penetraba el sentido del olfato, ocasionándole un hormigueo entre las cejas.

Esparcí su fluido pre-seminal por su prepucio. Arturo sintió un hormigueo que se extendió como sonar por su cuerpo. Marta se introdujo el miembro en la boca.

Lo cataba como vino añejo, degustando desde el olor, el color, la textura, la amargura, el dulzor hasta frotarlo por su lengua como si quisiera tatuarse todo eso, mientras con la mano izquierda le apretaba levemente los testículos.

Lo llevó hasta donde pudo sin ahogarse, a lo que Arturo le respondía con arcadas de placer que le obligaban a levantar las caderas y le enterraban más el pene. De vez en cuando se turnaba para probar el tamaño de sus testículos.

Ya cuando Arturo se encontraba cerca de acabar, como si lo supiera, se puso de pie para montarse sobre la cama. Marta quería sentirlo, esperar más le iba a ser imposible.

Por su parte, este se deleitó al verla parada, desnuda, con una sonrisa traviesa en el rostro y el deseo tatuado en la mirada. Se llevó la mano al pene para esparcir la saliva que le habían dejado en el miembro, hasta que ella se montó sobre él.

Con un movimiento de mano, cogió el pene y lo puso en la posición adecuada. La cama, a duras penas tenía espacio suficiente para los dos. Arturo se encontraba de manera horizontal montado en su lecho hasta las rodillas, dejando caer lo que le quedaba de su cuerpo. No era muy alta y rechinaba con cada sacudida de Marta.

Ambos alcanzaron el éxtasis al mismo tiempo. En el momento en que su pene penetro su vagina, consintieron la gracia de tenerse mutuamente. Marta movía sus caderas suavemente con la intención de que su clítoris chocara con el abdomen de Arturo mientras sentía el roce de su miembro en el interior de su vulva.

Arturo disfrutaba los cuarenta kilos que tenía sobre él. La presión de redondas nalgas sobre sus piernas le generaba más placer de lo que podía imaginar. Tanto ella como su cuerpo, emanaba algo que le hizo falta por mucho tiempo. Sin darle muchas vueltas al asunto, con ambas manos apretó su trasero para marcar el ritmo de sus sacudidas.

Marta gemía de placer sin contener su tono de voz. Sacudiendo sus caderas al ritmo que Arturo le marcaba. Se agarraba los pechos para no sentir que rebotasen y aprovechar de apretarse el pezón para mejorar el placer que estaba recibiendo. Su cabello se movía con el rebote, su cuerpo pedía a gritos que la tomasen por más tiempo, que le tocaran como si no hubiese mañana.

Arturo la alzó como si no ella pesase nada para colocarla a un lado. Se levantó, le abrió las piernas, puso la mano derecha en su vagina y se fue acercando sus labios a los de ella para poder besarlos.

Empezó a mover la mano tanteando cada centímetro del sexo de Marta, quien, cada que tocaba su clítoris, exclamaba con un grito ahogado por el ósculo de su pareja; cosa que le desesperaba. Dejó de besarle para proceder a succionar sus pezones.

Se introdujo desde la punta hasta la aureola a la boca. La succionó midiendo la fuerza con que lo apretaba. Rodeaba el pezón con la lengua y con la mano libre jugaba con su otro seno. Tocaba su vagina como si tocase las cuerdas de una guitarra en arpegio, entonando cada uno de sus gemidos con una afinación perfecta.

Por su parte, Marta se encontraba esforzándose para poder hablar, sin éxito. Después de muchos intentos fallidos por hacerlo, frustrados por la necesidad de exteriorizar el recital de Arturo, llevó su mano hasta su vulva para retirar la del hombre con el fin de que entendiéndose que no era eso lo que quería.

Marta, buscaba con la mano el pene de Arturo. Cuando lo encontró, exclamó mirándolo directamente a los ojos «¡Esto es lo que quiero!», lo apretó con fuerza y lo llevó hasta la puerta entre sus muslos. Abrazándole con ambas piernas, le empujo con el fin de lograr que la penetrase.

Él se dejó llevar por los movimientos de una relacionista desesperada que no quería perder el tiempo en recibir placer de una mano. En lo que pudo moverse, comenzó a embestirla con fuerza a lo que su empleada empieza a gritar de placer. «Más duro, más» le expresaba.

Ambos se abrazaron, intercambiando todos los fluidos que su cuerpo podía generar por el placer y el ejercicio que estaban haciendo. Durante dos horas, se demostraron un deleite mutuo que los dejó agotados. Lograron sudar el licor que habían ingerido, pero sus cuerpos no respondían a ningún otro estímulo.

A la mañana siguiente, luego de una resaca insoportable, un dolor de cabeza que martillaba su sien con el sonido de cada corneta que sonaba a las afueras de ese lugar y un golpe salvaje de almohada, despertaron a Arturo.

Marta se había encontrado con que su jefe estaba a su lado, desnudo, con el pene erecto. No había olvidado lo que pasó la noche anterior, de hecho, su intención era repetirlo en ese momento.

Arturo se levantó de repente de la cama tratando de entrar en contexto. Marta, se burló de él por la forma en que se asustó, con una risa traviesa.

—¿Qué te paso? —le dijo entre risas— ¿te asusté? ¿No desperté linda? —agregó apretando los labios en puchero.

—Este... —dijo, con los ojos entrecerrados por el brillo del sol y llevándose la mano a la cabeza para tratar de disipar el dolor— ¿dónde estoy?

—En mi casa, es obvio ¿no?

—Sí, Marta, pero en donde queda tú casa. —repuso, respondiendo a su sarcasmo.

—En el barrio chino. No es tan malo como dicen.

Arturo dio una vuelta para estudiar el área, buscando alguna respuesta o alguna forma para salir de allí.

—¿Qué buscas? —preguntó Marta.

—Mi ropa ¿dónde la dejé?

—Que yo sepa, te la quitaste en la sala.

Arturo busco rápidamente la puerta para salir por ella. Pasó por un pequeño pasillo hasta lo que parecía una sala. Le atacó el recuerdo de haber percibido ese lugar más grande la noche anterior. Se acercó a donde se encontraba el sofá, se agachó y cogió sus ropas. Ya con ellas a la mano, se regresó a la recámara de Marta.

—¿Las encontraste? —preguntó.

Marta se encontraba de espaldas, sentada sobre la cama. Arturo se quedó viendo la forma en que se definía la curvatura de su columna y la manera en que sus cabellos caían. Giró el cuello para verlo sobre el hombro. Al verlo parado observándola, le inquirió.

—¿Qué pasó? ¿Me hice un tatuaje anoche? —intentó ver su espalda, arqueándola para ampliar su campo visual.

—No, no es nada. —le calmó Arturo— ¿qué hora es?

—Son las... —alargando el sonido de la última sílaba mientras buscaba el reloj— nueve de la mañana.

Arturo tuvo la brillante idea de decirle que tenía algo importante que hacer a las diez. Que se supone que debería ver a alguien... su plan era sonar lo más convincente y no ser maleducado.

—¿Las nueve? —exclamó fingiendo angustia— ¡Es demasiado tarde!

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Tienes que hacer algo? —se alarmó Marta por igual.

—Sí, se supone que debería ver a un gerente para desayunar, a las diez.

—¿Desayunar a las diez?

—No me suelo levantar temprano, así que les digo esas horas para no tener que hacerlo.

Arturo, pretendiendo estar apurado, se estaba poniendo su pantalón. Se abotonó la camisa, se puso los zapatos, se sentó en la cama para colocarse los calcetines y los zapatos.

—Es mejor que te vayas ya. —Le propuso Marta.

—Sí, ya estoy en eso.

Marta le veía legítimamente apresurado. No había duda de que se le pasó el tiempo. Desde la noche anterior, no le encontraba alguna razón para que estuviese mintiendo, por lo que aceptó la excusa como si nada.

Se levantó, no importándole su desnudez, para ir al pequeño baño a mitad del pasillo. Se miró en el espejo, acomodó su cabello, se pasó el dedo índice por el labio inferior y procedió a cepillarse los dientes. Pensaba que después de eso, cabría la posibilidad de que su relación en el trabajo se viese perturbada.

Salió, con el cepillo aun en la boca, para ver el progreso de Arturo.

—¿Cómo vas? —Le gritó desde el baño.

—Ya estoy listo. —Le respondió.

—Bueno, vete de una vez que es tarde.

Arturo, salió de la recámara, pasó por al lado del baño y al ver que ella se encontraba ahí se excusó.

—En serio lo siento.

—No te preocupes —trató de calmarle— entiendo.

Retomó su paso, cogió su saco, revisó que estuviese todo en orden y salió por la puerta principal. Marta escuchó el golpe de la misma en lo que se cerró. Pensó, de nuevo, en que lo sucedido la noche anterior, podría significar algo.

Al principio lo hizo más en tono de pregunta «¿significará algo?» para luego confirmar tomando en cuenta un enfoque positivo «creo que esto puede significar algo». Escupió la espuma residual de su boca, la enjuago y se miró al espejo.

—No pienses en eso, Marta García. Déjalo pasar. —se dijo.

Se pasó la mano mojada por la cara y fue a su recámara. Era fin de semana, así que no tenía por qué salir de su casa, o inclusive, de su cuarto. El recuerdo de la noche anterior le dejó una sensación excitante en el cuerpo, capaz de hacerla emocionarse aún más.

Sin dudarle mucho, procedió a tocarse para revivir la ocasión, pensando en lo que sucedió. No quería que eso se arruinara, ni sabía si se repetiría, pero mientras pudiera recordarlo, nada más importaría.

Introdujo dos de sus dedos, perdiéndose en el mar de fluidos que corría dentro de su vagina. Los sacó para comenzar dar movimientos envolventes sobre su vulva.

Alternaba sus movimientos de circulares a rectos. Subía y bajaba cuatro de sus dedos apretando su clítoris, desplazando su mano hasta regresar. Fue aumentando su ritmo hasta que llegó al orgasmo que le ayudó a revivir, con mejor detalle, la noche anterior.

Arturo, había logrado salir del departamento de Marta. No se esperaba que eso sucediera. A pesar de estar cuerdo durante la noche anterior, de darse cuenta de que algo no estaba yendo como siempre, se dejó llevar, cosa que lo hizo sacar de quicio cuando regresó en sí.

Respiró profundo liberando el estrés de quedarse en aquel departamento que no era más grande que su sala y emprendió su viaje por aquellas calles.

Mientras caminaba, iba recordando por qué no se relacionaba con las mujeres de noche. «Es mejor no verlas al día siguiente —pensó— Eso me pasa por aceptar que fuese una cena» Andaba por la calle, sin nada que hacer, buscando consuelo en el exterior.

Sin percatarse de la diferencia, visualizaba su entorno con ánimo. Escrutaba las vitrinas de las tiendas, se apartaba para ceder el paso ya que no quería ir más rápido.

Se desplazaba por las calles como si estuviese flotando; tal diferencia no le era obvia. Su mundo era un matiz infinito de posibilidades y colores. Las cosas a su alrededor cobraban vida con tan solo posarles la mirada.

Tomó su teléfono y llamo a Tom para que lo fuese a recoger en donde estaba. A quince calles de la casa de Marta.

* * * *

El lunes de la semana siguiente comenzó como de costumbre. Kate llegó primero a la oficina por lo que le tocó abrir. Una vez adentro, se sentó en su puesto de trabajo, encendió su computador y preparó todo lo que necesitaba para desempeñar su oficio.

Por la hora que era, no le quedaba más que distraerse con los juegos que tenía instalados para esos momentos de soledad. Le gustaba las veces en que se encontraba sola en aquel lugar. El ambiente desértico le ayudaba a relajarse. No estaban llegando llamadas, no le pedían que separase ninguna cita o recibiera a nadie.

Se encontraba disfrutando de su momento de paz jugando como podía. Al cabo de unos minutos, dejó de hacerlo e ingresó al internet para leer artículos o ver videos mientras esperaba por alguna encomienda o a que llegase alguien más. Por los momentos, era la única empleada del lugar.

De repente le vinieron ganas de ir al baño, por lo que tomó su celular y se levantó para proceder al sanitario. Cuando le dio la espalda a la puerta, el sonido que hacía el capta huella cuando alguien ingresa al establecimiento, rompió su silencio. Se dio la vuelta para ver quien había llegado.

«Nadie importante» se dijo dando un suspiro. No quería que le molestasen. Se sintió agradecida cuando se percató de quien era. Carlos, el contable, no le dirigía la palabra. Ella no se molestaba en preguntarle por qué, a pesar de que siempre se le quedara viendo cuando entraba.

Kate no reparaba en el deseo que le tenía y él no iba a decírselo. Siguió con su paso al baño mientras el hombre fijaba su vista en el movimiento de su trasero. Su comportamiento poco educado junto a su falta de pudor, no lo libraban de las ganas de imaginarse a Kate desnuda.

A ella no le gustaba ese tipo de atención. Disfrutaba el estar con su esposo, no había nadie a quien amase más en su vida. Por lo que, aun habiéndose dado cuenta de las veces que Carlos exteriorizaba su morbo por ella, lo ignoraba.

Llegó al baño, pensando en lo bueno que era que el contable fuese un cobarde. Kyle estaba llevando a su hija al colegio por lo que ella le tocó adelantarse. Sabía que en cualquier momento llegaría. Utilizó el retrete, se lavó las manos mientras practicaba las miradas que tanto le excitaban a Kyle, cerró la llave y salió del baño.

Cuando se percató que de nuevo estaba sola, caminó tranquilamente hasta su puesto de trabajo para continuar con su rutina diaria. No había más nadie en el lugar, hasta que se fijó de que su esposo estaba acercándose a la puerta de vidrio.

Kyle abrió tras marcar su huella y se acercó hasta el puesto de su mujer. Mientras caminaba hasta ella, Kate gesticuló una de las miradas que acababa de practicar. Su marido le sonrió con picardía al ver que lo hacía intencionalmente. Ella quería excitarle, le estaba invitando a disfrutar la soledad del lugar.

Kyle entendió su motivación, por lo que rodeó el escritorio, se le acercó por detrás a lo que ella inclinó su cabeza hacia atrás para subir el mentón y ofrecerle sus labios.

Este le procuró un beso a la vez que llevaba su mano derecha hasta su pecho por debajo de su camisa con el fin de apretarle el seno. De repente, Kate se libró de su ósculo, tomo aire y agregó.

—¡Las cámaras! no podemos hacer eso aquí.

—Buen punto. —le dijo.

Kyle se acercó al computador, buscó en este el servidor de las cámaras, colocó su clave maestra y suspendió dos de ellas por treinta minutos. Rápidamente vio las demás imágenes que mostraban en el monitor para ver si no había nadie cerca, revisó los ingresos al lugar y observó que Carlos, el contable, había marcado su huella.

—¿Hace cuánto se fue Carlos? —preguntó a Kate.

—Creo que hace cinco minutos, entró cuando estaba yendo al baño. En lo que salí ya no estaba —le respondió.

Cuando su esposo se volteó para mirarla, noto que ella se tocaba el pecho y jugaba con su vagina por sobre sus medias. Aspiró con fuerza para luego arrebatarle un beso.

—Debemos irnos a donde siempre —le dijo Kyle indicando el lugar en donde había apagado las cámaras.

—Está bien, apúrate. —repuso Kate levantándose.

Kate y Kyle caminaron hasta uno de los cubículos más alejados que había en el recinto. Por los momentos no tenían dueño así que no les molestarían mientras ejecutaban su travesura.

Una vez allí, ella se subió la falda, bajó sus medias y levantó el trasero para que su esposo jugara con todo lo que estaba en frente de él. Este, se apretó el pene por encima del pantalón deleitándose con la imagen que su mujer le estaba ofreciendo.

Se acercó rápidamente a ella, la tomó por las caderas y pegó su rostro entre sus muslos. Kate expuso un gemido cuando sintió la cara de su marido enterrándose en su vagina, a la vez que este le lamia el clítoris e inspiraba los olores que emanaban de su vulva. Como si estuviese lamiendo un helado, fue derritiendo su interior

haciendo escurrir un líquido que le recordaba a la sangre.

Kate no quería perder el tiempo, a pesar de que los movimientos de lengua de su esposo le derritieran el alma. Cuando sintió su primer orgasmo, giró su cuerpo y se colocó de rodillas para bajarle el cierre y sacar su miembro. Lo tomó con ambas manos, mientras Kyle vigilaba el área por encima del cubículo.

Ella le escupió el prepucio, esparció su saliva por todo el pene para introducirlo completamente en su boca llegando sus labios hasta su bálano. El órgano de su esposo tocó su garganta en lo que le mantuvo allí en apnea por pocos segundos.

Lo sacó para luego frotarlo con un movimiento uniformemente rectilíneo de atrás hacia adelante utilizando su derecha. Turnaba eso con su boca.

De repente, el pensamiento de ambos convergió en armonía, lo que llevó a Kate a levantarse, subir sus nalgas y ofrecerle la entrada del paraíso a Kyle. Este le penetró sin muchos preámbulos, e inmediatamente comenzó a sacudir su cuerpo con cada embestida.

Ella apretaba sus senos contra su cuerpo para evitar que se movieran, él lo notó y los tomó entre sus manos para sentir su esplendor. Sabían que no podían estar mucho tiempo en eso, por lo que trataron que fuera una experiencia gustosa pero rápida.

Kyle aceleró el paso empujando todo su cuerpo en contra del de su mujer. De arrebato, se detuvo para acercar su boca al oído de Kate y hablarle.

—¿Qué pasaría si yo fuese una fuerza imparable y chocara contra ti, un objeto inamovible? —le preguntó, en un susurro seductor.

Kate no tenía intención de emitir nada que no fuesen gemidos, pero, acostumbrada al romanticismo excéntrico de su marido, le respondió con una pregunta.

—¿Qué pasaría? —dijo arrastrando las palabras mientras su hombre iba penetrándola con delicadeza como si estuviese tocando un instrumento en tempo adagio.

—Mi amor, seríamos una singularidad en nuestra propia circunstancia. La única forma de existir es que, como en este momento, fuésemos infinitos. —le susurró al oído.

Mientras hablaba, fue sacando su miembro con delicadeza. Luego procedió a introducirlo nuevamente con la fuerza necesaria para hacer estallar en ella un orgasmo tan sublime como su presencia.

Por segundos dejó su existencia de lado y se sumió en el vacío del sentimiento que le ocasionó la embestida de su esposo mientras él sintió como su descendencia se emulsionaba a la perfección con los fluidos que expelía su mujer, dejándolo acabado, agotado y satisfecho.

No tardaron en recuperar el aliento y salir rápidamente de donde se encontraban. Kate no se puso sus bragas ya que no quería que siguieran mojándose, y mucho menos, se llenaran del semen que podría escurrirse de la vagina. Por lo tanto, se la dio a su esposo para que la guardara en uno de sus bolsillos y agregó.

—Para que no te olvides de mí en todo el día.

Le dio un beso, se acomodó la falda y aceleró el paso hasta su puesto de trabajo. Kyle sostuvo las bragas de su mujer como si estuviese sosteniendo un logro. La apretó para luego proceder a guardarla en su bolsillo derecho y comenzar su día laboral.

Kate llegó a su escritorio en el preciso momento en que Marta estaba entrando a la oficina. En lo que esta cerró la puerta saludó a su amiga.

—Buenos días Kate, ¿cómo te encuentras?

—Bien —repuso, aun asentida por el coito con su esposo.

—Qué bueno. ¿Cómo estuvo tu fin? —le inquirió acercándose a ella.

—Estuvo bien, no me quejo, y... —le dijo. Marcó una pausa, entró en contexto y le inquirió entusiasmada— ¿Cómo te fue a ti con Arturo? ¡Cuenta!

—Bueno, fue una noche interesante. Pero luego que se fue de mi casa no supe más de él. Espero verlo ahora.

—¡Se fue de tu casa! ¿Fue a tu casa? —exclamo con sorpresa.

—Sí, pasó la noche allí.

—¿Qué, le cuidaste toda la noche porque le dio una reacción alérgica o por algo estúpido que le paso?

—¿Qué es eso? —inquirió gesticulando una cara de confusión— no vale. Tuvimos sexo salvaje.

—¡Qué!

Marta soltó una risa indicándole con las manos que se calmase.

—Sí. Pero no grites.

—Tienes que contarme todo. ¡Todo!

—Lo sé, lo sé. Luego te digo, que debo entrar a preparar lo que le indicaré a Arturo y a Kyle sobre el plan de trabajo.

—Y ¿no habías ido a comer con él para hablar de eso?

—Sí, pero, bueno... —dijo antes de quedarse callada y mirarla con travesura— pero se dieron otras cosas.

Kate la miró con una sonrisa abierta hasta sus límites, totalmente sorprendida. No podía creer lo que le estaba contando Marta, no porque no le creyese, sino porque no era un comportamiento habitual en Arturo.

De hecho, nada más que haya aceptado cenar con alguien era algo completamente extraño. Según lo que le contaba su esposo, él nunca tenía una cita con alguna mujer de noche para evitar precisamente eso que tuvo con Marta.

Marta le hizo una señal de disculpa mientras recogía rápidamente sus cosas para ir corriendo hasta su oficina antes de que su jefe llegase. En el camino a su recinto, se encontró con Kyle, quien intentó detenerla para preguntarle cómo le había ido, pero ella no se detuvo y siguió caminando excusarse con rapidez.

—Te cuento luego. Tengo que prepararme para hablar de lo que haremos. Disculpa.

Continuó su camino mientras Kyle le miraba confundido. Este iba de paso a recibir Arturo que se encontraba desabordando su coche para entrar al edificio. «Ya era hora para que comenzara a hablar» pensó mientras retomaba su paso hasta la puerta de la oficina.

Al pasar al lado de Kate, esta emitió un sonido con su boca y él le respondió. Ambos sonaron más a un ritual de apareamiento que a un sencillo gesto entre colegas.

Kyle apretó el premio que guardaba en su bolsillo derecho una vez estaba cerca de la puerta y su cuerpo se encontraba completamente libre para que ella lo viera; en lo que lo notó, sonrió con picardía.

Arturo había pasado su fin de semana tratando de ignorar el hecho de. Durante su viaje al trabajo, le invadió el recuerdo, cosa que hizo que se excitara un poco. Lo importante, según pensaba, era tratar de ignorarlo de la mejor forma posible. Pero le parecía imposible debido a que la actitud de su empleada era bastante desigual e inesperada.

«¿Por qué rayos lo hice?» se preguntó en queja. No soportaba la idea de haber roto su propio código de conducta al amanecer en casa de una de sus amantes. «Amante... no puedo verla como mi amante... ¡maldita sea!» se quejó de nuevo. «Eso me pasa por estar bajando la guardia» pensó mientras se bajaba del coche.

En su camino al ascensor discurrió en que podría presentar un problema el tratarla con indiferencia ya que necesitaba de su ayuda para mejorar la empresa, «y de paso, no sé qué tiene planeado» se dijo para sus adentros tomando en cuenta que, a pesar de eso, su plan de acción seguía siendo un misterio para él y para su hermano.

Esperaba poder conocerlo el pasado viernes por la noche, pero las cosas surgieron de manera diferente.

Cuando llegó al piso en el que se encontraba su oficina, su hermano lo estaba esperando. Ambos se saludaron en silencio. Kyle no tenía qué decirle y Arturo no quería hablar de nada mientras estuviese pensando en lo que le había sucedido.

Juntos caminaron hasta la puerta, el hermano menor la abrió para que el mayor pasase. Kate los vio desde lejos a lo que se acercaban a la entrada. Al momento en que los dos ingresaron al lugar, su jefe le profirió un saludo que ella respondió como de costumbre, pero viéndolo asombrada.

Para ella seguía siendo el mismo hombre que conocía, aunque la noticia de Marta decía todo lo contrario.

Arturo notó que Kate lo veía de forma extraña, cosa que trato de ignorar con el fin de no perturbar su meditación. Estaba haciendo todo lo posible para sacar de su mente el cuerpo desnudo de Marta.

Cada curva que recordaba: su espalda, sus pechos, su cintura, caderas, muslos, nalgas... Eran un camino por el que se desplazaba con un vehículo a la deriva de una montaña sin ningún tipo de conocimiento técnico para conducirlo.

Sólo con un fuerte deseo de salir vivo de esa hermosa pesadilla. Sin mucho que demostrar, con el mentón levantado y la frente en alto, llegó hasta su oficina.

Marta estaba concentrada en lo que tenía planeado decirles a sus jefes. A pesar de que no la habían introducido al problema realmente, su trabajo era poder hacerlo ver bien en la siguiente junta directiva que harían.

El plan a ejercer era hacerles entender a todos que Arturo era una persona dedicada a su trabajo y que, sin él al mando, nada podría salir adelante. En lo que se hizo la hora para hablar con los hermanos dueño de la empresa «Hermanos dueños de la empresa... Arturo y Kyle. Kyle y Arturo» pensó.

—¡Oh, K&A! —exclamo en epifanía— Eso explica el nombre.

Luego de tomar sus cosas, salió hasta la oficina de Kyle para indicarle que necesitaba que él y su hermano fuesen a la sala de juntas.

Durante la primera parte del día, Marta no había visto por ningún lado a Arturo. A pesar de que le interesaba saber cómo serían las cosas después de la noche que tuvieron, su mente estaba enfocada en otra cosa.

«¿Cómo tomará mi presencia ahora?» Se preguntó mientras caminaba hacia el cuarto de juntas con su laptop y dos carpetas abrazadas al pecho. «Después de todo, no estoy segura de como deba comportarme» reflexionó. «Él podría no darle importancia, o tal vez no me quiera ver más. No sé qué hacer» Se dijo.

Marta había pasado su fin de semana pensando en las diferentes formas en que sucedería las cosas alrededor de Arturo. Las probabilidades eran limitadas.

A pesar de que para ella fue algo levemente especial porque no se prestaba a dar su cuerpo a cualquiera, no sentía que él fuese a darle importancia a lo que tuvieron. Lo imaginaba, y recordaba al hombre que le contó de su vida, que le demostró que era más que un multimillonario vacío por dentro.

* * * *

Arturo y Kyle llegaron a la sala de juntas a los minutos que Marta había colocado sus cosas sobre la mesa. Ya tenía todo listo, su mecánica era impecable, sus ideas serían ilustrativas, efectivas y puntuales. Ambos hermanos entraron al lugar por separado.

Primero el menor, quien se sentó en una de las sillas a los laterales de la mesa. De segundo entró el mayor, quien, al atravesar el umbral, se sintió irrumpido por un prurito en el preciso instante en que vio a su amante parada al final en frente del extremo más alejado de la mesa embozando una de sus mejores sonrisas.

Su actitud serena no se vio perturbada, pero, internamente, estaba aturdido. Caminó hasta la punta de la mesa que se encontraba más cerca de él y se sentó. «¿Qué demonios me está pasando?» pensó alarmado.

Marta no perdió tiempo en comenzar a exponer.

—Buenos días, estimados ejecutivos del lugar —comenzó formalmente—, asumo que están ansiosos por que les cuente cual es mi idea. Lo sé, —balanceó la cabeza suavemente— lo sé, los hice esperar mucho. Y, a pesar de que no es algo que vaya a sorprenderlos mucho, les dará los resultados decisivos.

—Ya era hora. —le repuso Kyle.

Su hermano no medió palabras, sencillamente se indignó a verla fijamente. Él la recordaba sobre su regazo, ella se sentía penetrada con algo más que su mirada.

—Bien. Comencemos. Inicialmente, el problema se debe a la falta de comunicación entre los allegados a la empresa y el representante principal de la misma. Mi trabajo, no es mejorar su actitud o decirle cómo comportarse.

>>Es optimizar la imagen, no de él, sino la que tienen los demás con respecto a su persona. El primer paso, es hacerle entender a los inversionistas que están buscando retirar su dinero, que no hay nadie mejor capacitado que vele por los intereses de la compañía.

Marta caminó hasta donde se encontraban los hermanos para entregarle los papeles que había impreso con anticipación. A Kyle se lo entregó sin ningún problema, pero a Arturo, se lo acercó por un costado. Las miradas de ambos se encontraron, liberando en ellos un ardor en sus cuerpos que les hizo retirarla rápidamente como si nada hubiese sucedido.

—Todos los presentes sabemos que de cierta forma no es así —prosiguió—, pero no pretendemos hacer que el señor Kyle Matas se deshaga de su imagen de asistente personal del señor Arturo.

Kyle giró su rústico para mirar a su hermano quien, con un gesto le repuso dejando en claro que ya sabía y que él le había contado. A buen entendedor, pocas palabras bastan; ambos vivían ese refrán.

—Es por ello que manipularemos el entorno en que nos reuniremos con los accionistas. No lo haremos en esta lúgubre sala —dijo señalando el lugar con los brazos extendidos—, tengo planeado hacerlo en desayunos o almuerzos en lugares en los que necesitaremos proporcionarles toda la atención. Al cabo, sólo son tres. La idea es la que ya les mencioné anteriormente.

>>Deshacernos de la idea de que el señor Matas es una persona asocial por excelencia y que no repara en los intereses de la compañía. En ese momento le daremos a entender que no.

>>Luego de ello, procederemos a visitar las áreas que se muestran amenazadas por el posible retiro de los inversionistas para familiarizar a los encargados de esas instituciones con el fin de ganarnos su confianza.

>>Ellos tienen contacto directo con dichos accionistas, y, por lo que me di cuenta, están siendo blanco de sus ofertas para que se retiren, junto con sus empleados, a formar parte de su firma.

—Así se mueve este mundo —expuso Kyle.

—Exactamente. Como podrán ver en sus hojas, separé lo necesario para proceder y el perfil a conocer de las partes de esta compañía que se encuentran afectadas. Pero no afectadas de mal manera, tienen un crecimiento relevante, aunque rechazan la participación del señor Matas.

—Vender a Arturo de forma positiva —agregó Kyle—, es algo sencillo.

—Sí, cualquiera pudo haberlo ideado. ¡Si hubiesen tenido un equipo para ello! —aseveró Marta queriendo penetrarles a ambos el cráneo con la mirada.

—Yo no tengo culpa, quien los despidió fue Arturo —dijo, señalando a su hermano sin verlo.

—Sí, pero eso les causa problemas. Ese relacionista que se les fue no solo lo hizo, sino que casi procura un problema mayor del que necesitábamos al no desempeñar su trabajo como debía.

—Es cierto.

—Pero bueno, de eso me toca encargarme a mí. Como jefa de este departamento, mientras el tiempo me lo permita.

—Espero que lo resuelvas rápido —dijo Kyle.

—Sí, ya estoy trabajando en eso.

—¿Eso es todo? —preguntó Kyle.

—Hasta los momentos, solo quería mencionarles como procederemos. Al paso de lo que resta de mes y durante el que viene, les estaré contando diferentes cosas.

La junta terminó. Para lo que respecta a Marta, salió como se lo esperaba. Ahora solo le tocaba conseguir al equipo con el que trabajaría y dejaría a cargo una vez se fuera. Arturo, sin mediar palabras durante toda la junta, le percibió como se lo esperaba, totalmente diferente.

Su plan de vida se había visto perturbado, el encontrársela en el trabajo sería un problema, por lo menos para él. Ella se encontraba emocionada por su trabajo.

Durante la exposición logró no pensar en Arturo, tuvo su mente distraída, aunque, lo que le restaba de día, no le fue tan sencillo alejarse de esa idea.

Ya en su oficina, le conseguía difícil dejar de pensar en él. A pesar de haberse planteado que podría pasar, de haberlo visto de la forma más normal, su actitud no descifrable le dejó liada. Le desconcertó el que no dijera absolutamente nada durante su exposición.

No sabía si le había gustado, si tenía alguna observación. Hizo lo necesario para poder deshacerse de aquel sentimiento de incertidumbre que le ocasionó su comportamiento.

Decidió salir del lugar como pudo, liberar su mente. No quería hablar con nadie. Ya había pensado lo suficiente en aquel hombre, lo que necesitaba era liberarse.

La hora del almuerzo había llegado y esa sería su excusa. Caminando por los pasillos hasta la puerta ubicada en recepción se topó con Arturo que se encontraba parado frente a uno de los cubículos del personal.

Su impulso fue veloz y preciso. En lo que Arturo la detalló, posó su mirada en ella. Marta pensó que no había forma de pasarlo desapercibido, que debía darle una demostración en respeto a la noche en que la hizo gozar, «como no notar ese par de ojos negros» se dijo.

Desaceleró el pasó unos segundos para mover su cadera, levantar unos cuantos centímetros sus nalgas y desplazarse con una soberbia femenina digna de la atención de todos. Arturo se le quedó viendo, cuando se dio cuenta de que por poco se tuerce por completo hasta el punto de caerse, recuperó la compostura fingiendo que se había ahogado.

Marta, sintiéndose alarmada por su propia decisión, aceleró sus pasos y trató de desaparecer de su vista lo más rápido posible. En el plan que se había planteado al principio del día, no se encontraba «coquetearle al jefe».

Apenada, pasó por el lado de Kate sin percatarse de su presencia. Ella le miró confundida por la velocidad con la que iba y la cara de perturbada que llevaba.

Marta salió del lugar como pudo para dirigirse a las concurridas calles del Midtown Manhattan con el fin de despejar su mente. Se encontró con un vendedor de perros calientes y le ordenó dos. Por un momento se acordó de aquellos panes que vendían en su país.

Nostálgica, necesitaba sentir esas explosiones de colesterol que le ofrecían en las calles de su tierra natal. Un pan de hotdog de doble salchicha con todo, lo que pudieras agregarle.

Uno de esos, sin por lo menos cebollas, repollo, dos tipos de queso y chips de papas rotas con una combinación de diferentes salsas, era lo que le hacía falta. Pero estaba en el nuevo mundo, lo que le ofrecían era lo que debía tomar.

Había probado diferentes de ellos en aquel país, muchos superando al anterior. Pero, no en ese momento. En ese momento necesitaba despejar su mente con cualquier cosa.

El hambre, le impulsó a usar la comida como escape. Al instante en que notó que Arturo se le quedó viendo el trasero, se emocionó, pero ahora no había forma de pensar en ello como algo positivo. La vergüenza se apoderó de ella.

Arturo hizo lo que pudo para no evidenciarse. Reconoció que no tuvo éxito alguno, por lo que decidió comportarse como si nada hubiera sucedido. Marta siguió de largo mientras él trataba de no verla, a pesar de que toda su atención estaba puesta en ella.

Ambos se evitaron durante todo el día. Marta trataba de pasar entre los puestos de los demás empleados, tomando el camino largo hasta su oficina y así evitar ver a Arturo en la suya. Por su parte, él trató de no salir de allí por los mismos motivos.

Pasada la primera semana en que se ejecutaría el plan para mejorar su imagen, ambos repetían la misma escena. En lo que se veían, él evidenciaba su interés en ella mientras que esta se le insinuaba de una forma diferente en lo que podía.

Esa segunda vez le tocaba entregarle unos papeles acerca de estadísticas de las zonas de interés que debían atacar por lo que su encuentro era inevitable. Antes de entrar a su oficina, Marta decidió desabotonarse la camisa. Un solo botón fue suficiente para mostrar ambos senos, al entrar, se presentó con un tono de voz lento y seductor.

—Necesito hacerle entrega de algo —hizo una pausa y acentuó su tono— Señor.

—Sí, pasa. —le dijo Arturo, al tanto de que el tono que tenía no era el de costumbre.

—Aquí tiene. —dijo al acercarse.

Al acercarse, inclinó su torso arqueando la espalda un poco dejando a la vista sus pechos. Arturo los vio. Se sorprendió un poco y aclaró su garganta. Marta asomó una sonrisa al instante para retirarse realizada de la oficina de su jefe.

A la semana siguiente a esa, teniendo el almuerzo con los accionistas que debían hacer cambiar de parecer, Marta acompañó a Arturo junto con su hermano. Ambos llegaron antes al restaurante, una vez en la mesa, se sentaron a esperar por los peces gordos que querían retirar sus inversiones y a Marta.

Primero apareció ella, quien saludó a Kyle con un beso en la mejilla. Cuando le tocó gesticular su gesto de llegada a Arturo, se le acercó lo más que pudo al labio, pero sin tocarlo, para propiciarle un beso, no pegándole su mejilla, sino con sus labios.

Se quedó allí por unos segundos, se levantó, lo rodeó por detrás y le rozó la mano por ambos hombros con delicadeza.

Al sentarse le ofreció una mirada acompañada con una sonrisa traviesa. Arturo se quedó sin habla y trató de desviar su atención a los empresarios recién llegados.

Para lo que respecta a los tres, fue un éxito rotundo. Los accionistas mostraron una actitud diferente, según le hizo saber Kyle a Marta, a la que acostumbraban.

Arturo habló con fluidez y socializaba con los presentes sin ningún problema. Marta y Kyle se agregaban a la conversación con entusiasmo interesados en la forma en que su compañero mejoraba la percepción que tenían los terceros de él.

El día transcurrió como lo esperaban. Pudieron asegurar que los accionistas no retirarían su inversión. Ella les dejó en claro que la única forma de hacer que la empresa siguiera creciendo era teniendo al Sr. Matas como el actual encargado y que, si ellos esperaban mejorar sus ingresos, no podían darse el lujo de retirar su asociación.

A pesar de que él era el dueño de los conglomerados involucrados, el perder participación de los inversionistas era malo para el futuro y la reputación de la compañía.

Sin embargo, en esa ocasión quedaron en hacer otra reunión. Marta le había dejado en claro tanto a Arturo como a Kyle que la única forma de lograr lo que querían era siendo perseverantes con la atención que les dedicaban a ellos.

Por dos semanas más, su trato no mostraba diferencia. Ambos estaban al tanto de lo que el otro hacía, se alentaban mutuamente a llamarse la atención. Arturo, se las arreglaba para que ella fuese a su oficina y Marta no perdía tiempo en demostrarle las ganas que llevaba encima. A pesar de sus declaraciones sexuales más allá de las palabras. Él, iba perdiendo el control de sus propios pensamientos.

Arturo no conseguía comportarse como la persona que solía ser. Serio, meticuloso, circunspecto... su comportamiento se vio claramente afectado por la presencia de Marta y todo lo que le rodeaba se lo hacía notar.

«¡Por qué es así!» pensó esa y muchas veces. Trató lo más que pudo, de nuevo sin éxito, a no ser tan evidente a la hora de demostrarle su interés. Su empleada le resultaba irresistible y él no conseguía forma alguna para ocultarlo.

En ese tiempo, Arturo pudo ir cambiando su forma de comportarse en su entorno. En diferentes reuniones fue adquiriendo más el apoyo de los inversionistas. Visitaban las diferentes sedes a lo largo y ancho del país, como a aquellas que se encontraban afuera de este.

Junto con Marta pudo ir obteniendo mejores reseñas en revistas del círculo empresarial, preparar beneficencias para tener una opinión más positiva de su persona.

Las cosas, según el plan de acción de la relacionista pública, y del equipo que se encargó de contratar para que se quedaran allí una vez que tuviese que irse, estaban yendo de maravilla a nivel institucional. Por otro lado, ambos se seguían retando el uno al otro.

Hasta que un día, las circunstancias los llevaron a un nuevo encuentro.

—Arturo, me retiro. Déjame a Marta preparando lo que debe entregarnos mañana —le anunció Kyle desde la puerta de la oficina— Tengo que llegar a tiempo para buscar el regalo de aniversario de Kate.

—Está bien. Yo me encargo de cerrar —le repuso Arturo.

—No te preocupes, le dejé unas copias de las llaves a Marta para que lo hiciera ella. Si quieres, puedes retirarte antes.

—No hay problema, no la voy a dejar sola aquí. Yo espero.

—Bue...no —dijo extrañado— me retiro. Cuidate, que tengas buenas noches.

El comportamiento que llevaban demostrando tanto Marta como él en el último mes, le parecía indiscutiblemente raro. Tanto él como Kate los encontraban rejuvenecidos, diferentes.

Ninguno conocía del todo la historia. La protagonista de los hechos le pidió a la esposa de Kyle que no le contase a nadie, promesa que mantuvo. Del resto, nadie se habría esperado eso de ambos.

—Buenas noches para ti también, Kyle, felicidades. Hazle llegar a Kate esto —le extendió un paquete envuelto como regalo— dile que es de mi parte.

—Está bien. Yo le digo —repuso al tomarlo—. Nos vemos, hermano. Cuidate.

Kyle se retiró de una vez, dejando a Arturo solo con sus pensamientos. No tenía intención de perturbar a Marta, pero necesitaba avisarle que la esperaba. Por lo que se levantó de su asiento y caminó hasta su oficina. Tocó la puerta y le expuso.

—Estaré aquí por si necesitas algo. Me avisas cuando termines para acompañarte y cerrar. —Dijo, con amabilidad y calma.

—Está bien, gracias. —le repuso tras desatender lo que estaba haciendo.

Arturo se retiró sin más que agregar hasta su oficina a esperar por Marta. Ella, una vez él dejó la oficina, no pudo concentrarse. Según había entendido, se encontraban los dos allí completamente solos. Inmediatamente le invadió una llama interior que avivaba el deseo que tenía.

Por un mes y medio estuvo reviviendo en aquella noche. Cada que podía se masturbaba pensando en él como si no lo fuera a ver más nunca.

Al igual que a Arturo, las cosas no le estaban saliendo como esperaba.

De a poco en poco se fue sintiendo más atraída por él, no por lo que hicieron o por lo que sentía a la hora de verlo, sino por la expectativa. La expectativa de qué podrían hacer, de si en cualquier momento renunciarían a su decencia para arrancarse las ganas a mordidas.

La expectativa la tenía desesperada, deseosa de ejecutar su balada sexual preferida

Tras pensarlo varias veces, decidió levantarse para ir a buscarlo a su oficina. No sabía por qué lo haría, no había un motivo relevante para ello.

Aun así, siguió con su camino. Cada paso que daba hacia vibrar su cuerpo. El sonido que hacía la suela de sus tacones emitían un eco ahogado sobre el suelo medio alfombrado del lugar. Se dio cuenta que parecía apresurada, que estaba ansiosa por algo, por lo que desaceleró un poco.

Arturo se encontraba sumido en sus pensamientos. Como si estuviesen mentalmente conectados, le despertó la misma necesidad que obligó a Marta a salir de su oficina. Se levantó e hizo su camino hasta donde se supone que estaba Marta. Pero, frustraron su paso.

Al momento en que se encontraba a un metro de la puerta Marta apareció. Ambos se detuvieron de un susto al no esperar ver al otro tan cerca. Ella se exaltó al levantar la mirada y darse cuenta de que Arturo parecía esperarla. Se quedaron en silencio viéndose al rostro por unos segundos. No mediaron palabras ni repararon en ningún método de conversación.

Entre los dos no había nada que los detuviera. Estaban a un metro de distancia del otro penetrándose con la mirada. Ambos desconocían sus intenciones, pero una vez se vieron, lo entendieron como si lo hubiesen leído en sus ojos. Inmediatamente se abalanzaron como dos fieras para chocar sus cuerpos con la magnitud de todo su deseo.

Arturo y Marta comenzaron a comerse a besos. Habían ayunado por mucho tiempo, era hora de darse un festín. Esta vez, ella lo despojó de su saco y él del suyo.

No repararon en el detalle, el entorno, cámaras o incluso el lugar. Su intención era desnudarse lo más rápido posible, se dieron cuenta que, una vez solos, no había nada que los detuviera de exteriorizar sus más vividos deseos.

En menos de lo que esperaban se encontraban en el suelo. Arturo acostado y Marta sobre él, ejerciendo sus cuarenta kilos de presión; él espero eso desde la última vez que lo sintió.

Marta se sacó la camisa y el sujetador con una habilidad increíble dejando su torso completamente al desnudo para luego proceder a quitarle a su amante lo que tenía puesto. Una vez medio desnudos, ella se acostó sobre él para seguir saboreando el dulzor que tanto necesitaba de sus labios.

Sus cuerpos se comportaron por semanas como líneas asíntotas, pero en ese momento, rompieron sus esquemas y se unieron en dos puntos diferentes de tangencia. No hay otra forma de metaforizar su relación. Su deseo se avivó esa noche.

Arturo poseyó sus nalgas tratando de adherirlas a sus palmas con fuerza mientras Marta lo besaba tomando su cara entre sus manos para que no se escapase.

Una vez desnudos por completo, ella se encargó de tomar su miembro, quería probarlo, lo necesitaba para estar completa. Cada cosa que ambos hacían demostraba lo mucho que se deseaban.

Ella besó su prepucio queriéndolo tatuar en su lengua, en sus labios, en su garganta. Quería tenerlo para siempre, mientras pudiera respirar. A él le encantaba el calor que procedía de su boca húmeda, de su lengua, del roce de sus labios.

Pegando la barbilla al cuello, observaba como ella le veía con una mirada intensa, con un deseo flamante que no conocía limite. Con su mano, se des-estresó estimulándole el miembro a una velocidad constante, saboreándolo, jugando... su deleite era ese órgano.

Pero no se detuvo allí. Mientras lo degustaba, se tocaba, jugaba con su clítoris, lubricando, preparándose para la herramienta de su hombre. Era su hombre, ambos lo sabían.

No hubo ni habría otra que lo poseyese de la forma en que ella lo hizo, lo estaba haciendo y tenía planeado hacerlo hasta que muriera.

No esperó nada para levantarse una vez sintió que no podría resistir más las ganas. Se desplazó hasta su pene y, sin quitarle la mirada de los ojos por ningún motivo, se fue introduciendo poco a poco aquella extremidad de su sexo que ahora le pertenecía.

Llevaba rato jugando con ambos órganos, por lo que, en el momento exacto en que lo introdujo todo, liberó un orgasmo que la dejó sin aliento. Las piernas le temblaron por unos segundos y perdió el equilibrio. Pero no se había acabado.

Arturo sentía como aquella vulva palpitaba alrededor de su pene marcando el tempo con los latidos de su corazón. Él mismo quería embestirla, marcar su velocidad, gozar lo que ella había experimentado. Al igual que a Marta, no le faltaba sino un mínimo estímulo para acabar.

La tomo por las nalgas, levantó las caderas y comenzó a embestirla con fuerza. Marta inspiró con fuerza porque se encontraba todavía en la frecuencia de su propio orgasmo, estaba sensible; el movimiento de Arturo le despertó como cañonazo.

Comenzó a gemir con fuerza del placer que sentía, él le estaba penetrando, degustando con el tacto el espesor de la masa de sus glúteos, apretándolos con fuerza, expandiéndolos. Hasta que por fin acabo. Descargó toda su esencia dentro de ella.

Ninguno se ofendió, ni se preocupó. Lo deseaban, ambos por igual. Se dejaron caer como peso muerto para tomar un respiro de aquello que acababa de presenciar.

Aunque su primera vez en la oficina fue sencilla, no dudaron en volverlo a hacer. Cuando tuvieron las fuerzas necesarias, marta se acostó en el suelo, y cuan misionero, Arturo la penetró con embestidas salvajes que de nuevo causaron en ella un orgasmo diferente.

Ninguno se repetía al anterior, todos daban una sensación distinta que asimilaba como un nuevo día lleno de sorpresas. Él no quería reparar en cuidados, le eyaculaba cuantas veces fuera necesario, su intención era desgarrarle, desgarrarse el alma, con un sexo feroz.

Luego, Marta procedió a levantarse para ofrecerle la entrada de su cuerpo inclinada sobre el escritorio. Levanto las nalgas y las abrió. Sin mediar palabras, Arturo se levantó de su lugar para ir hacia donde se encontraba aquella vulva rebosante de líquidos.

Ella se había encargado de dejarle impecable el plato en donde comería por lo que él no perdió tiempo en saborear, únicamente, el licor de su dama.

Aquella noche, se fueron a la casa de Arturo para continuar con su emocionante experiencia.

* * * *

En lo que pasaron los días, no perdían el tiempo para hacerlo donde pudieran. En lo que transcurrió esa última semana, esperaban a que todos se fueran del lugar para repetir lo que una vez empezaron. Ya no había forma de resistirse al otro.

Cuando no lo estaban haciendo, se estaban insinuando la intención de. Su relación había evolucionado. Hasta que un día, no apareció.

Marta se sentía ofendida con la idea de no poder ir nuevamente, por lo que prefirió darle todo lo que podía a Arturo mientras tenía la oportunidad.

Ya había pasado un mes de cuando le dieron la notificación, por lo que, se planteó como meta hacer que él mejorara su imagen y siguiera catapultando la empresa.

Dejó a cargo a un equipo competente de publicistas para que trabajaran de la mejor forma a la batuta de aquel hombre. Y, deshecha por la vergüenza, partió con sus maletas hechas.

En su nación le habían negado quedarse afuera por tiempo prolongado. Por unas semanas estuvo de ilegal haciendo los trámites necesarios para ser ciudadana estadounidense. Pero, por problemas políticos, no pudo continuar.

La embajada venezolana le cerró las puertas obligándola a regresar a su tierra, con sueños rotos y sin haberle dicho a nadie. No quería que la despidieran o irse de la compañía.

Su intención era resolverlo antes de que se cumpliera el tiempo límite ya que, de tomar medidas drásticas, se le prohibiría la entrada a su país natal si la tomaban como refugiada política. Por eso, prefirió llevarse lo que podía para poder solucionarlo allá sin causar ningún tipo de problema.

Arturo, tomó por sorpresa su ausencia. No sabía a qué se debía, no respondía a su teléfono y desconocía su paradero. Fue a buscarla a su departamento, desesperado por encontrar respuestas, pero el dependiente del edificio le dijo que se había marchado del país.

Marta sabía que su incumplimiento del contrato llegaría a ser tomado en cuenta luego de las dos semanas, tenía esperanzas de regresar en ese tiempo. Pero, las cosas se complicaron.

Arturo no supo cómo tomar la noticia. No había red social, medio o aparato para conectarse con ella. Una mujer decidida a no prestarle su vida a la comunicación moderna, que no disponía de celular por falta de interés en comprarse uno o que pudiera ser contactada con facilidad.

Siempre fue puntual, por lo que nunca se presentó como un problema. Pero esa vez, esa vez Arturo notó el inconveniente en ello.

Durante ese mes, estuvo completamente extenuado, vacío. Le había ofrecido su vida a alguien, aunque ella no lo supiera, se abrió de forma poco normal y se indignó a darle algo de él que nade tuvo jamás. Su interés por el trabajo se demostró en su forma de vestirse, de tratar a los demás.

Su hermano y su cuñada trataron de hacerle entender que había probabilidades de que no fuese algo malo. Para él, no había forma de verlo desde otro ángulo. Ellos dos conocieron a Marta, sabían que no se echaría para atrás sin ningún motivo, pero desconocían por qué llevaba semanas sin ir.

Arturo, se dio a la pérdida, se arrebató las ganas de vivir para regresar a ese trance vacío y solitario que por tanto tiempo había experimentado. Sin mucho que hacer, compró un pasaje sin decirle a nadie y se fue a su tierra natal.

Marta le hacía falta, el tiempo que estuvo con ella, antes y después de que se acercaran, le habían dejado algo valioso. El color que pudo lograr ver de su entorno, fue

vilmente arrebatado por su ausencia, por lo que no tenía de ella.

No necesitaba a nadie, no se necesitaba a sí mismo. Él quería despejar su mente, sacarla de donde fuese que la había guardado para proponerle que nunca más regresara.

Por un mes y medio entero, se encontró fuera de los Estados Unidos tratando de comprar el pasaje, adquirir los papeles necesarios y regresar a donde estuvo viviendo por varios años.

A pesar de que todo formaba parte de un mal entendido, una vez que la deportaron, no había forma sencilla de que regresara. Se encontraba encerrada en su tierra contemplando la realidad. La mantuvieron allí como a otros cientos de personas que sufrieron el problema de un cierre de frontera irracional e imprevisto. Las cosas iban de mal en peor. Su vida iba en picada.

Al igual que Arturo, sentía la necesidad de verlo, de decirle que todo fue un error, que ella no quería irse pero que no podía hacer nada al respecto.

Desgraciadamente, a diferencia de él, ella sabía el motivo, pero su jefe no. Se quedó por un tiempo en la casa de su madre hasta que por fin le dejaron salir sin problema. Cuando regresa, se da cuenta de que no estaba por ningún lado.

Kate le dijo que no lo habían visto desde ya hace varias semanas, Kyle no sabía en donde se encontraba. Ambos se estaban preparando, tras dejar la empresa en receso temporal, para visitar la tumba del padre de los hermanos Matas como siempre hacían cada año.

En lo que llegó, se enteró de que seguía formando parte del equipo de trabajo de K&A, que Arturo se había negado a dejarla ir. No quiso hacerle caso al contrato, antes de irse, por lo que actualmente seguía trabajando para ellos.

Ella le explicó, a todos, el motivo de su ausencia, quienes vieron como un gran problema el hecho de que no le hubiese dicho a Arturo.

Se le hizo saber que se había recluso al abandono de su propia integridad y que no se estaba comportando como de costumbre, siquiera con su actitud asocial normal. Marta lo recibió con tristeza, no sabía lo mucho que su ausencia le afectaría, ni se esperaba que fuera a reaccionar de esa forma.

* * * *

Kyle y Kate estaban preocupados por la salud de Arturo. Desconocían en donde se encontraban, pero estaban seguros de que en cualquier momento lo encontrarían. La fecha en que visitarían al Sr. Matas padre, estaba cerca. Desconocían si él se hubiese ido para allá o si aún se encontraba en Manhattan, pero sabían que por nada en el mundo rompería su promesa.

—Pero, Mar... —le dijo Kate antes de que saliera de su casa—, puedes intentar irte con nosotros a España. No sabemos si puede estar allá en este momento, pero estamos seguros que lo estará la semana que viene.

—¿En qué fecha estamos? —le preguntó, entrando en razón con su idea.

—Estamos a cinco de noviembre.

—Eso quiere decir que... —expuso, pensativa, sin terminar la idea.

—Sí, que estará allá para el cumpleaños de mi padre —agregó Kyle luego de entrar a la sala desde la cocina.

—Entonces deberíamos de ir. Debo ir... —agregó Marta segura.

Al día siguiente partieron en el vuelo que tenían previsto abordar para comenzar su viaje. Tomaron el vuelo una semana antes para tener unas vacaciones en familia y terminarla visitando la tumba del papá de Arturo y Kyle. Durante ese tiempo, no supieron absolutamente nada del hermano mayor.

Marta decidió ir todos los días hasta donde se encontraban descansando los restos del Sr. Matas padre, esperando ver a Arturo. No se rendía, iba todos los días a tempranas horas de la mañana, preparada para esperarlo hasta que cayera el sol. Durante cinco días estuvo repitiendo la misma rutina, sin poder encontrarse con su amado.

* * * *

Arturo no quería ir hasta allá por respeto a su promesa. Había jurado ir cada vez que cumpliera años, pero no antes, ni después. Por esas semanas, estuvo quedándose en un hotel cercano al lugar, viviendo del servicio al cuarto, la televisión paga y de la tinta sobre el papel.

Cuando se encontraba deprimido se sumergía en la poesía, en la escritura en su amor secreto. No tenía idea de la situación de Marta, a pesar de que sus allegados trataron de comunicarse con él, no les fue posible porque decidió apagar su móvil. No quería ser perturbado, no quería que interrumpieran su sufrimiento.

Hasta que él día en que visitaría la tumba de su padre llegó.

Siempre acostumbraban a ir al final del día, a sabiendas de eso, y sin ánimos de encontrarse con su familia, fue antes de que saliera el sol. Estaba cubierto por un sobretodo negro que utilizaba para asemejar el dolor que sentía por su ausencia. Parado en frente de su tumba, conversó con su pasado.

—Hice lo que pude, papá —dijo a la lápida de mármol— Me dijiste que abriera mi corazón, que no dejara que nada me desanimara. No te hice caso, no quise a nadie en mi vida, pero, cuando por fin lo dejé entrar a una persona de la cual me enamoré, me dejaron.

>>Me dejaron como tú lo hiciste, como mis amigos lo hicieron. —le gritó a la lápida con lágrimas en los ojos—. Quiero poder sentirla de nuevo, quiero poder estar cerca de ella. No quiero abrigar de nuevo una vida que carece de significado. Papá. No quiero estar solo. No quiero estar sin ella.

Marta estaba a unos cuantos metros detrás de él. Aun pudiendo escucharlo. El lugar era lúgubre y solitario, por lo que no iba hasta allí antes de que saliera el sol. En

lo que llegó, se encontró con una figura negra y esbelta en frente de su destino. Se acercó, y luego de un silencio que lo invadía todo, esta presencia comenzó a hablar.

Su voz le era familiar, era Arturo. Notó que se encontraba deshecho, se arrepintió de no haberle dicho nada. Quería detenerlo, decirle que no lo había abandonado, pero prefirió esperar que terminase de hablar, no interrumpir su momento de deshago. En lo que se detuvo, profirió.

—No tengo planeado dejarte de nuevo —le dijo, acercándose un poco a él.

Arturo se exaltó por aquella voz inesperada a sus espaldas. Giró por completo y se encuentra con el rostro de una Marta lleno de lágrimas. No sabía qué hacer, a pesar de que le había dejado entrar en su vida, nadie había escuchado sus verdaderos pensamientos. «¿Cuánto tiempo tiene aquí?» Se preguntó.

—¿Desde cuándo? —le dijo.

—Desde hace unos minutos. —le repuso.

—¿Qué haces aquí? —le inquirió.

—Estoy aquí, por lo mismo que estuve aquí toda la semana, por ti —le aseveró.

—¡Por qué te fuiste! —le interrogó con ira.

—Me habían deportado y no pude regresar. —le respondió calmada.

—Entonces... —no terminó.

—Sí, no te dejé realmente —le confirmó.

—¿Me escuchaste hablar? —le inquirió nuevamente.

—Sí, todo lo que dijiste. Realmente lo siento —le respondió con la voz quebrada.

—Entonces, ¿qué piensas al respecto? —quiso saber.

—Que no planeo alejarme de ti nunca más —le hizo saber.

Marta, no pudo resistir más el deseo de acercarse a él y abrazarlo con todo lo que le permitían sus fuerzas. Arturo, le respondió con la misma intensidad.

—Por favor, discúlpame. Te amo, no quise irme sin decirte. —Le dijo Marta pegada a su pecho.

—Creo que no fue tu culpa. No te disculpes por eso. —le dijo, entendiendo—. Aun creyendo que me habías dejado, no dejé de amarte.

—¿Me amas? —le preguntó despegándose de su pecho, con lágrimas rozándole la mejilla.

—Te amo hoy, menos de lo que te amaré mañana y más de lo que te amé ayer.

Arturo, sin dejar de abrazarla, levanto sus cuarenta kilos de peso y la acercó hasta su rostro para embozarle un beso. Marta, respondió felizmente a aquel ósculo, al primero que se daban como una pareja y al primero que se darían por el resto de sus vidas.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso

— Romance Oscuro y Erótica —

El Rompe-Olas

Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones

— Erótica con Almas Gemelas —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo?—pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale—dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.